

**Elias Canetti** (1905-1994) nació en Rustschuk, Bulgaria, en el seno de una familia judía de origen sefardí. Su lengua materna fue el ladino, un dialecto del castellano. En 1911 su familia se trasladó a Manchester, Reino Unido. La muerte repentina de su padre en 1912 marcaría la trayectoria del escritor, que conservó hasta sus últimos días un miedo casi irracional a la muerte. Su madre, viuda y con tres hijos, decidió trasladarse a Viena, de manera que el alemán se convirtió en la lengua literaria de Canetti. En alemán escribió en 1936 la que sería su primera y única novela, *Auto de fe*. La anexión de Austria por parte de Alemania le ofreció la posibilidad de estudiar de cerca el fenómeno del nazismo, puesto que Canetti no abandonaría Viena hasta después de la Noche de los Cristales Rotos en 1938, con rumbo a París y, finalmente, Reino Unido. A partir de entonces se dedicaría exclusivamente a terminar la que sería la gran obra de su vida, *Masa y poder* (1938-1960), que abandonó solo eventualmente para escribir ensayos breves, teatro, apuntes y aforismos, recogidos en varios volúmenes. En 1981 recibió el premio Nobel de literatura. Entre sus obras, además de las citadas, destacan sus tres libros autobiográficos, *La lengua salvada* (1977), *La antorcha al oído* (1980) y *Juego de ojos*.

Biblioteca

ELIAS CANETTI

*Masa y poder*

*Obra completa I*

Prólogo de

**Ignacio Echevarría**

Traducción y edición de

**Juan José del Solar**

Título original: *Masse und Macht*

Diseño de la portada: Departamento de diseño de Random House Mondadori

Ilustración de la portada: *El triunfo de la muerte* (1560), de Pieter Brueghel el Viejo. © Francis G. Mayer/Corbis

Primera edición: junio, 2005

© 1960, Claasen Verlag GmbH, Hamburgo

Todos los derechos de la edición alemana de las obras de Canetti en Carl Hanser Verlag, München Wien

© 2005 por la presente edición para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2002, Juan José del Solar, por la traducción y las notas, cedidas por Círculo de Lectores, S. A.

© 2002, Juan José del Solar, por «Elias Canetti: perfil de unas obsesiones»

© 2005, Ignacio Echevarría, por el prólogo

© Círculo de Lectores, S. A., por el índice de nombres y conceptos

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 84-9793-677-9 (vol. 385/1)

Depósito legal: B. 20.415 - 2005

Fotocomposición: Comptex & Ass., S. L.

Impreso en Litografía Rosés, S. A.

Progrés, 54-60. Gavà (Barcelona)

P 8 3 6 7 7 9

## Poderío y paranoia

### *Reyes africanos*

Un estudio de los reyes africanos mostrará en un contexto global los aspectos y elementos del poder que hemos analizado por separado. En estos reyes todo parece extraño e insólito. Puede que nos sintamos tentados a descartarlos como curiosidades exóticas. Un europeo tenderá fácilmente a dejarse ganar por un sentimiento de superioridad cuando lea o escuche testimonios como los que siguen a continuación. Sin embargo, es aconsejable proceder con cierta modestia hasta tener más información sobre ellos. Mal se aviene con un europeo del siglo xx creerse por encima de la barbarie. Puede que los medios de sus gobernantes sean más efectivos; pero sus intenciones a menudo en nada difieren de las de los reyes africanos.

La muerte de un viejo rey y la elección de uno nuevo en Gabón fue narrada por Du Chaillu en los siguientes términos:

«Estando yo en Gabón, murió el viejo rey Glass. La tribu se había cansado de su rey. A decir verdad, lo tenía por un hechicero muy poderoso y malévolo, y aunque no se hablaba abiertamente de ello, pocos se hubieran atrevido a acercarse de noche a su casa. Cuando finalmente cayó enfermo, todo el mundo parecía muy afligido. Varios amigos míos, sin embargo, me dijeron en confianza que todo el poblado esperaba que muriese; y, efectivamente, murió. Una mañana temprano, fui despertado por gritos, llantos y lamentos. Todo el poblado parecía deshacerse en lágrimas; el duelo y las lamentaciones duraron seis días. Al segundo día, el anciano rey fue enterrado en secreto por unos cuantos hombres de entre los más dignos de confianza de su tribu, en un lugar que solo ellos conocían y cuya existencia se mantuvo oculta a todos los demás. Durante los días de duelo, los ancianos de la aldea estuvieron ocupados en la elección de un nuevo rey. También este proceso es secreto, y el pueblo solo se enteró del resultado al séptimo día, cuando el nuevo rey ha de

ser coronado. Sin embargo, el propio rey no es informado de su buena fortuna hasta el último momento.

»Quiso la casualidad que el elegido fuera Njogoni, un buen amigo mío. La elección recayó en él en parte porque provenía de una buena familia, pero sobre todo porque era muy querido por el pueblo y pudo obtener la mayoría de los votos. No creo que Njogoni tuviera la menor sospecha de que iba a asumir el poder. Cuando en la mañana del séptimo día iba paseando por la playa, fue abordado de pronto por toda la población que lo sometió a una ceremonia, previa a la coronación, capaz de quitarle las ganas de gobernar a cualquiera que no fuese extremadamente ambicioso. Lo rodearon formando una multitud compacta y lo cubrieron de todas las clases de improperios que la más ruin de las chusmas es capaz de concebir. Algunos le escupían a la cara, otros le daban puñetazos y puntapiés, otros le arrojaban objetos repugnantes, mientras que los desafortunados que estaban demasiado lejos y solo podían alcanzar al pobre hombre con la voz, le insultaban a él, a su padre, a su madre, a sus hermanos y hermanas y a sus antepasados hasta las más remotas generaciones. Un forastero no habría dado ni una moneda por la vida de aquel que estaba a punto de ser coronado rey.

»En medio de todo aquel ruidoso altercado, capté unas cuantas palabras que me lo explicaron todo. De rato en rato, alguien, al propinar un golpe o patada especialmente contundente exclamaba en voz muy alta:

»—Aún no eres nuestro rey. Durante un rato haremos contigo lo que se nos antoje. Dentro de poco tendremos que hacer tu voluntad.

»Njogoni se portó como un hombre y un futuro rey. Permaneció sereno y soportó todas las injurias con expresión sonriente. Pasada una media hora, lo llevaron a la casa del viejo rey, donde se sentó y durante un breve rato volvió a ser víctima de las maldiciones del pueblo.

»De pronto se hizo el silencio. Los notables se pusieron en pie y dijeron solemnemente, mientras el pueblo repetía sus palabras:

»—Ahora te elegimos nuestro rey. Prometemos escucharte y obedecerte en todo.

»Todos callaron; alguien trajo un sombrero de copa, que aquí es considerado el emblema de la realeza, y se lo puso en la cabeza a Njogoni, que acto seguido fue ataviado con un traje rojo y recibió las mayores muestras de respeto por parte de quienes acababan de insultarlo.

»Siguió una fiesta que duró seis días, durante la cual el pobre rey, que junto con el cargo había adoptado también el nombre de su predecesor, fue obligado a recibir a sus súbditos en su propia casa, de la que no le estaba permitido salir. Fueron seis días de indescriptibles atracones de comida y de ron malo, de borracheras bestiales y bulliciosa celebración. Muchos forasteros llegaron de las aldeas vecinas para presentar sus respetos. Todos traían más ron, vino de palma y comida. Todo lo que contribuyera a animar el ambiente festivo era compartido y se daba la bienvenida a cuantos llegaran.

»Del viejo rey Glass, por quien el pueblo no había dejado de verter lágrimas durante seis días, ya se habían olvidado; y el *nuevo* rey Glass, el pobre, estaba rendido de cansancio, pues tenía que recibir gente de día y de noche y mostrarse cortés con todo el que viniera.

»Por último se terminó el ron, el plazo fijado venció y volvió a reinar la calma. Y entonces, por primera vez, a la nueva majestad le permitieron salir de casa y contemplar sus dominios».

La sucesión de los acontecimientos, en la medida en que tienen como protagonista a la masa, tiene aquí una importancia de primer orden. Todo empieza con la *muta de lamentación* en torno al rey muerto, que dura seis días. Luego, de pronto, al séptimo día, se produce el ataque contra el elegido. Todos los impulsos hostiles acumulados contra el muerto se descargan en la persona de su sucesor. La *masa de acoso* que se forma en torno a él es en realidad una *masa de inversión*; no va dirigida contra él, sino contra el muerto. Se liberan del odio contra el muerto, que había gobernado demasiado tiempo y al final ya solo les inspiraba miedo. El nuevo reinado comienza con la situación que más teme cual-

ser coronado. Sin embargo, el propio rey no es informado de su buena fortuna hasta el último momento.

»Quiso la casualidad que el elegido fuera Njogoni, un buen amigo mío. La elección recayó en él en parte porque provenía de una buena familia, pero sobre todo porque era muy querido por el pueblo y pudo obtener la mayoría de los votos. No creo que Njogoni tuviera la menor sospecha de que iba a asumir el poder. Cuando en la mañana del séptimo día iba paseando por la playa, fue abordado de pronto por toda la población que lo sometió a una ceremonia, previa a la coronación, capaz de quitarle las ganas de gobernar a cualquiera que no fuese extremadamente ambicioso. Lo rodearon formando una multitud compacta y lo cubrieron de todas las clases de improperios que la más ruin de las chusmas es capaz de concebir. Algunos le escupían a la cara, otros le daban puñetazos y puntapiés, otros le arrojaban objetos repugnantes, mientras que los desafortunados que estaban demasiado lejos y solo podían alcanzar al pobre hombre con la voz, le insultaban a él, a su padre, a su madre, a sus hermanos y hermanas y a sus antepasados hasta las más remotas generaciones. Un forastero no habría dado ni una moneda por la vida de aquel que estaba a punto de ser coronado rey.

»En medio de todo aquel ruidoso altercado, capté unas cuantas palabras que me lo explicaron todo. De rato en rato, alguien, al propinar un golpe o patada especialmente contundente exclamaba en voz muy alta:

»—Aún no eres nuestro rey. Durante un rato haremos contigo lo que se nos antoje. Dentro de poco tendremos que hacer tu voluntad.

»Njogoni se portó como un hombre y un futuro rey. Permaneció sereno y soportó todas las injurias con expresión sonriente. Pasada una media hora, lo llevaron a la casa del viejo rey, donde se sentó y durante un breve rato volvió a ser víctima de las maldiciones del pueblo.

»De pronto se hizo el silencio. Los notables se pusieron en pie y dijeron solemnemente, mientras el pueblo repetía sus palabras:

»—Ahora te elegimos nuestro rey. Prometemos escucharte y obedecerte en todo.

»Todos callaron; alguien trajo un sombrero de copa, que aquí es considerado el emblema de la realeza, y se lo puso en la cabeza a Njogoni, que acto seguido fue ataviado con un traje rojo y recibió las mayores muestras de respeto por parte de quienes acababan de insultarlo.

»Siguió una fiesta que duró seis días, durante la cual el pobre rey, que junto con el cargo había adoptado también el nombre de su predecesor, fue obligado a recibir a sus súbditos en su propia casa, de la que no le estaba permitido salir. Fueron seis días de indescriptibles atracones de comida y de ron malo, de borracheras bestiales y bulliciosa celebración. Muchos forasteros llegaron de las aldeas vecinas para presentar sus respetos. Todos traían más ron, vino de palma y comida. Todo lo que contribuyera a animar el ambiente festivo era compartido y se daba la bienvenida a cuantos llegaran.

»Del viejo rey Glass, por quien el pueblo no había dejado de verter lágrimas durante seis días, ya se habían olvidado; y el *nuevo* rey Glass, el pobre, estaba rendido de cansancio, pues tenía que recibir gente de día y de noche y mostrarse cortés con todo el que viniera.

»Por último se terminó el ron, el plazo fijado venció y volvió a reinar la calma. Y entonces, por primera vez, a la nueva majestad le permitieron salir de casa y contemplar sus dominios».

La sucesión de los acontecimientos, en la medida en que tienen como protagonista a la masa, tiene aquí una importancia de primer orden. Todo empieza con la *muta de lamentación* en torno al rey muerto, que dura seis días. Luego, de pronto, al séptimo día, se produce el ataque contra el elegido. Todos los impulsos hostiles acumulados contra el muerto se descargan en la persona de su sucesor. La *masa de acoso* que se forma en torno a él es en realidad una *masa de inversión*; no va dirigida contra él, sino contra el muerto. Se liberan del odio contra el muerto, que había gobernado demasiado tiempo y al final ya solo les inspiraba miedo. El nuevo reinado comienza con la situación que más teme cual-

quier poderoso: verse rodeado por súbditos rebeldes que arremeten peligrosamente contra él. Njogoni, sin embargo, permanece sereno, porque sabe que esta hostilidad es *diferida*, es una actuación y no va dirigida realmente contra su persona. No obstante, este penoso inicio quedará en su memoria como una advertencia de lo que podría suceder en cualquier momento. Todo rey asume aquí su cargo en medio de una revolución. Es la revolución póstuma contra un rey ya difunto, de la que el recién elegido como sustituto solo es el objeto aparente.

La tercera situación esencial es la fiesta, que, como antes el duelo, también dura seis días. El reparto de alimentos y bebidas, su consumo colectivo y desenfrenado, expresan la *abundancia* que esperan conseguir del nuevo gobernante. Así como al inicio de su reinado, también más tarde su reino deberá verse inundado de ron y vino de palma y todos deberán tener más de lo que necesiten para comer. Para alcanzar esa abundancia se entroniza al rey. La masa festiva, en cuanto verdadero comienzo de su reinado, *avala* la abundancia futura.

El informe de Du Chaillu tiene cien años. Posee la ventaja de ser una visión totalmente externa y de no estar recargado de detalles. Hoy sabemos mucho más acerca de los reyes africanos. Será útil echar también un vistazo a un informe más reciente.

El rey de los jukun, en Nigeria, era un ser sagrado, cuya vida se movía dentro de límites rigurosamente vigilados. Su tarea más noble no era conducir a su pueblo a la lucha como guerrero ni destacar por una sabia administración de su país. No importaba que fuese una gran personalidad; más bien lo consideraban el recipiente vivo del que fluían las fuerzas que aseguraban que la tierra fuera fértil y las semillas germinasen, dando así vida y bienestar al pueblo. Ciertas ceremonias que jalonaban el curso de sus días y sus años servían para conservar estas fuerzas.

El rey rara vez aparecía en público. Su pie descalzo no debía tocar el suelo, pues de haberlo hecho los frutos de la tierra se habrían marchitado; tampoco le era lícito recoger nada del suelo. En otros tiempos, le daban muerte si se caía

del caballo. A nadie le estaba permitido decir que el rey había caído enfermo. Si contraía alguna enfermedad grave, era estrangulado con el mayor sigilo. Escuchar los gemidos de un rey enfermo, se decía, habría sembrado la confusión en el pueblo. Le estaba permitido estornudar: cuando el rey de los jukun estornudaba, todos los presentes se daban palmadas en el muslo con murmullos de aprobación. No era conveniente hablar del «cuerpo» del monarca o dar a entender que tenía un cuerpo humano común y corriente. Para designarlo usaban una palabra especial que solo se refería a su persona. Esa palabra designaba cualquier acción suya, pero también los mandatos que salían de su boca.

Cuando el rey se disponía a comer, unos cuantos funcionarios especiales lanzaban gritos que se oían a gran distancia, otros se daban doce sonoras palmadas en los muslos. Luego se hacía el silencio tanto en el palacio como en toda la ciudad, las conversaciones enmudecían y todos dejaban de trabajar. Las comidas del rey se consideraban sagradas y le eran servidas como a una divinidad en una ceremonia solemne. Cuando terminaba, nuevos gritos y palmadas, repetidos por los funcionarios en el patio exterior, anunciaban que otra vez estaba permitido trabajar y hablar.

Si el rey montaba en cólera, si señalaba a alguien con el dedo o pateaba enfurecido, las consecuencias para el país eran terribles. En ese caso, era indispensable calmarlo a tiempo y como fuera. Su saliva era sagrada. Él mismo conservaba en una bolsa el pelo y las uñas que le cortaban y que eran enterrados con él cuando moría. En las invocaciones ceremoniales se aludía a sus fuerzas fertilizantes: «Nuestro maíz, nuestro cacahuete, nuestras alubias». Se le atribuía poder sobre la lluvia y los vientos. Una serie de sequías y malas cosechas indicaban que sus fuerzas habían decaído y en ese caso lo estrangulaban de noche y en secreto.

El rey recién elegido tenía que dar tres vueltas alrededor de una colina mientras los notables le propinaban empujones y puñetazos. Más adelante, él mismo tenía que matar a un esclavo, o simplemente herirlo, en cuyo caso otro lo remataba con la lanza y el cuchillo del rey.

Durante la coronación, el jefe de la estirpe real le decía: «Hoy te hemos dado la casa de tu padre. El mundo entero es tuyo. Tú eres nuestra simiente y nuestras alubias, nuestros espíritus y nuestros dioses. De ahora en adelante no tendrás padre ni madre, pero tú serás el padre y la madre de todos. Sigue las huellas de tus antepasados y no hagas mal a nadie, que tu pueblo permanezca a tu lado y llegue con salud al final de tu gobierno».

Todos se prosternaban ante el nuevo soberano, se echaban polvo sobre la cabeza y exclamaban: «¡Nuestra lluvia! ¡Nuestra cosecha! ¡Nuestra riqueza! ¡Nuestra salvación!».

El poder del rey era absoluto, pero se tomaban las disposiciones necesarias para que no fuera intolerable. Un consejo de nobles, presidido por el *abo* o ministro principal, se sentía corresponsable. Si el capricho del soberano amenazaba con perjudicar al país, si había una mala cosecha u ocurría cualquier otra catástrofe nacional, quedaba demostrado que no había cumplido con sus numerosos deberes mágicos y se morigeraba así su arrogancia. El *abo* tenía siempre acceso al rey; le estaba permitido amonestarlo y podía ponerlo en grandes apuros si se ausentaba mucho tiempo de la corte.

Por lo general, el rey no participaba en las expediciones bélicas. Sin embargo, cualquier botín se consideraba propiedad suya, si bien devolvía un tercio o la mitad del botín al guerrero que lo había conquistado, en señal de reconocimiento y para expresar la esperanza de que en el próximo encuentro se mostrase igual de valeroso.

En otros tiempos, si el rey había cumplido como debía, era sacrificado en la fiesta de la cosecha al cabo de siete años de reinado.

En su *Historia de África*, primer intento serio de escribir una obra de este tipo, Westermann habla de la «sorprendente uniformidad en la organización y las instituciones de estos reinos». Encuentra una serie de características comunes a todos. Vale la pena enumerarlas en lo esencial e intentar una interpretación a la luz de lo que hemos venido exponiendo en este ensayo.

«El rey posee fuerzas que garantizan la fertilidad del suelo. De él depende el crecimiento de los frutos de la tierra. También es a menudo el hacedor de la lluvia.» El rey aparece aquí como *multiplicador*; este es su atributo principal. Podríamos decir que, en realidad, fue gracias a este atributo de la multiplicación como se llegó a la institución de la monarquía. Órdenes de todo tipo emanan de él; pero la forma más peculiar de orden ligada a su persona es la intimación a crecer. «Tú eres el padre y la madre de todos», se dice en el informe sobre los jukun; lo cual no solo significa que él alimenta a todos, sino que también insta a todo y a todos a que crezcan. Su poder es en este caso el de la *muta de multiplicación*. Lo que esta debía lograr como un todo, su sustancia entera, ha sido transferido a él, a una sola persona. Con su comportamiento puede garantizar una constancia que no le es posible a la muta de multiplicación, formada por muchos y proclive a disgregarse una y otra vez. Como un recipiente claramente delimitado hacia fuera, él contiene en sí todas las fuerzas multiplicadoras. Es su deber sagrado no dejar que se escapen. De ahí derivan asimismo las características siguientes:

«Para conservar su fuerza de crecimiento y preservar al rey de todo mal, su persona es rodeada por un sinnúmero de prescripciones y prohibiciones, que no pocas veces lo dejan casi incapacitado para actuar». Lo valioso del rey, que en realidad lo valioso de todo cuanto él mismo contiene, conduce a su *inmovilización*. Es un recipiente lleno hasta los bordes del que nada debe derramarse.

«El rey no es visible o lo es solo en ciertas épocas. No puede abandonar, excepto de noche o en ocasiones especiales, el recinto de su palacio. Nadie lo ve comer ni beber.» Su aislamiento lo protege de todo cuanto podría incidir negativamente sobre él. La parvedad de sus apariciones significa que solo existe para fines muy especiales. Comer y beber son necesidades que no se avienen bien con él como multiplicador. Debería poder subsistir solo, gracias a las fuerzas de las que está dotado.

Decisiva en el rey es su unicidad. El mismo pueblo, que puede tener muchos dioses, tiene un *único* rey. Como hemos

visto, es importante que el monarca esté aislado. Entre él y sus súbditos se crea una distancia artificial que es mantenida luego por todos los medios. El rey se deja ver poco o nada, o bien con algún tipo de disfraz que lo oculta por completo o en buena parte. Lo valioso de su persona es subrayado de todas las maneras, ya sea porque lleve puestas prendas valiosas o esté rodeado de ellas, ya sea por lo escaso de sus apariciones en público. Está protegido por una guardia de corps que le es ciegamente leal y por espacios cada vez más amplios. La ampliación de su palacio, la creación de salas cada vez más grandes, sirven tanto para distanciarlo como para protegerlo.

Unicidad, aislamiento, distancia y valor de su persona son pues un importante grupo de rasgos característicos que pueden comprobarse a primera vista.

«Las exteriorizaciones corporales del rey, toser, estornudar, sonarse, son imitadas o aplaudidas.» Si el rey de Monomotapa tenía algún atributo bueno o malo, alguna dolencia física, una tara, un vicio o una virtud, sus pares y su servidumbre se esforzaban por imitarlo. Si el rey era cojo, sus acompañantes renqueaban. Ya desde la Antigüedad nos informan Estrabón y Diodoro de que si al rey de Etiopía le mutilaban alguna parte del cuerpo, todos sus cortesanos debían sufrir la misma mutilación. Un viajero árabe que a comienzos del siglo pasado visitó la corte de Darfur habla de los deberes de los cortesanos: cuando el sultán carraspeaba, como si quisiera hablar, todos hacían mutis. Si estornudaba, toda la asamblea lo imitaba, y sonaba como si alguien azuzara su caballería. Si el sultán se caía del caballo, todos sus cortesanos debían caerse de sus monturas. Quien no lo hacía, por elevado que fuera su rango, era arrojado al suelo y golpeado. Si en la corte de Uganda el rey se reía, todos se reían; si estornudaba, todos lo imitaban; si tenía un resfriado, todos aseguraban tener uno; si le cortaban el pelo, todos se hacían cortar el pelo. Por lo demás, imitar así a los reyes es algo que no se limita en absoluto a África. En la corte de Boni, el rey de Célebes, era costumbre que los cortesanos hicieran todo lo que el rey hacía. Si este estaba de pie, ellos

también lo estaban; si estaba sentado, ellos también; si se caía del caballo, ellos también se caían. Si al rey le entraban ganas de bañarse, se bañaban con él. Los que pasaban debían meterse en el agua tal como iban, llevaran o no la ropa adecuada. Desde China nos informa un misionero francés: si el emperador de China ríe, los mandarines también se ríen. En cuanto deja de reír, ellos también lo hacen. Si el emperador está triste, a los mandarines parece que se les hundieran las mejillas. Se creería que sus caras están hechas de resortes que el emperador puede accionar a su antojo.

La *ejemplaridad* del rey es general. A veces, se limita a inspirar admiración y veneración. Nada de lo que el rey hace es irrelevante. Quienes lo rodean ven un sentido en cada una de sus manifestaciones. A veces, sin embargo, van más allá y perciben cada manifestación como una *orden*. Que el rey estornude significa: ¡estornudad! Que se caiga del caballo, ¡caed! Tan grande es su capacidad para dar órdenes que nada sucede por azar. La orden se ha trasladado en este caso de la palabra a la acción ejemplar, a lo cual se añade el hecho de que toda su existencia está orientada al incremento, y la multiplicación, como hemos dicho, es su *raison d'être*; por eso todo movimiento o manifestación suyos tienden a reproducirse en forma análoga. Podríamos decir que en tales ocasiones su corte se convierte en una especie de muta de multiplicación, si no en el plano interior, sí en su comportamiento externo. Todos hacen lo mismo, pero el rey lo hace primero. La corte, convertida en un cristal de masa, retorna así a su origen, la muta de multiplicación.

También la aclamación y el aplauso pueden considerarse expresión de una voluntad de multiplicarse. Determinados gestos o manifestaciones considerados ejemplares se fortalecen mediante el aplauso, que además favorece su repetición. Muy pocos son capaces de sustraerse a la coacción impuesta por miles de manos que aplauden: cualquier acción aplaudida *tiene que* multiplicarse.

«Si el rey comienza a envejecer, su vigor mágico se halla amenazado: puede menguar o debilitarse, puede ser convertido en su contrario por obra de poderes malignos. Por eso

al rey que envejece hay que quitarle la vida y traspasar su vigor mágico al sucesor.» La persona del rey importa en la medida en que permanece intacta. Como recipiente intacto es capaz de contener las fuerzas multiplicadoras. El menor defecto lo hace sospechoso ante sus súbditos. Podría perder parte de la sustancia que le ha sido confiada y poner en peligro el bienestar de su gente. La constitución del reino en cuestión es la constitución física del rey mismo. Este se ha comprometido bajo juramento, como quien dice, a conservar su vigor y su salud. Un rey que encanece, pierde los dientes, un rey cuya capacidad visual disminuye o se ve aquejado de impotencia, será asesinado o deberá suicidarse. Se lo envenena o estrangula, preferiblemente, pues no está permitido derramar su sangre. A veces la duración de su reinado está fijada de antemano en cierto número de años. El rey de los jukun, como hemos visto, reinaba originariamente siete años. Según una tradición de los bambara, todo nuevo rey determinaba él mismo la duración de su reinado. «Se le ponía una cinta de algodón alrededor del cuello, y dos personas tiraban de los extremos, cada una en sentido contrario, mientras él sacaba de una calabaza un puñado de guijarros, todos los que podía: estos indicaban los años que duraría su reinado, a cuyo término sería estrangulado.»

Pero al limitar artificialmente su vida, no solo se consigue salvar del rey su valiosa sustancia multiplicadora. Su pasión por sobrevivir, que durante su reinado podría adquirir proporciones peligrosas, es de este modo amortiguada y domada desde el principio. Sabe cuándo ha de morir: antes que muchos de sus súbditos. Tiene siempre claramente ante sí la fecha de su muerte, precisamente en esto se halla en desventaja en relación a sus súbditos. Al hacerse cargo del reino, renuncia por completo a sobrevivir. Es una especie de pacto. El cargo al que accede es en estos casos una verdadera carga. El rey se declara dispuesto a sacrificar su vida al cabo de un plazo determinado.

Los insultos y golpes a los que se lo somete antes de asumir su reinado prefiguran lo que le aguarda al final. Así como ahora lo acepta todo, así también ha de aceptar más

tarde su destino. El final del rey es de este modo anticipado. Ya sea que lo amenacen con la posibilidad de semejante final, ya se trate de un uso solemnemente establecido, la masa de acoso que se forma antes de que el rey empiece a reinar le hace ver con dolorosa claridad que no reina por voluntad propia. Del rey de los yoruba se dice que primero lo sometían a una paliza. Si no soportaba el dolor con serenidad, era rechazado. La elección podía recaer sobre uno de los príncipes más pobres, que venía cumpliendo tranquilamente con los deberes de su rango y no ambicionaba para nada el trono: para gran sorpresa suya, era de pronto maltratado. Antiguamente, en Sierra Leona, un hombre era cargado de cadenas y molido a palos antes de ser proclamado rey. Recordemos el relato de Du Chaillu sobre la elección de un rey en Gabón.

Entre la muerte de un rey y la entronización del siguiente tenía lugar un período de anarquía. Esta se manifestaba con cierto orden, como hemos visto, en los malos tratos infligidos al que había sido designado rey. Pero podía también volverse contra los débiles e indefensos. Entre los mosi de Wagadugu, después de la muerte del rey, todos los delincentes salían de las cárceles. Estaba permitido asesinar y saquear y cada cual hacía lo que se le antojaba. En Ashanti eran los miembros de la familia real quienes se aprovechaban de este período de anarquía: podían matar y robar a cualquier ciudadano. En Uganda se procuraba mantener en un principio la muerte del rey en secreto, y luego, quizá al cabo de dos días, se apagaba el fuego sagrado que ardía a la entrada del recinto real y comenzaba una gran lamentación. Los tambores redoblaban con ritmo fúnebre y el país se enteraba entonces de lo que había ocurrido; pero nadie debía hablar de la muerte ocurrida, solo decían: el fuego se ha apagado. Seguía un estado de desorden salvaje. Todos intentaban robarse unos a otros; solo los cabecillas provistos de una fuerte escolta podían sentirse seguros. Los menos protegidos corrían el peligro de ser asesinados por otros más fuertes, que hacían lo que les venía en gana durante el breve interregno. Es evidente que, en esas circunstancias, los débi-

les e indefensos se llevaban la peor parte. Con el nuevo rey volvía el orden. De hecho, era él quien lo representaba.

La *sucesión* nunca estaba claramente organizada. Pero aunque lo estuviera, solo se la aceptaba a la fuerza. En los estados de los hima se tenía una concepción peculiar de la sucesión que ha sido lúcidamente interpretada por Oberg en su excelente estudio sobre el reino de Ankole.

También allí el rey debía tomar veneno en cuanto sus mujeres y cabecillas advertían en él síntomas de debilidad. Se otorgaba la máxima importancia a su fuerza, que asimismo era decisiva para la elección del sucesor. A los gobernantes hima les importaba que el sucesor fuera el más fuerte de los muchos hijos del rey, algo que solo podía dirimirse en un combate. Durante la guerra de sucesión que resultaba así inevitable, Ankole no podía permanecer oficialmente sin rey. Tras las ceremonias fúnebres por el soberano difunto, tenía lugar en su poblado un combate entre dos pastores comunes y corrientes; el vencedor era proclamado una especie de rey de farsa. Los hermanos, legítimos herederos del trono, contemplaban el combate, pero una vez decidido este, cada uno reunía a sus partidarios a su alrededor y partía en busca de los tambores del rey. Si se encontraban en el camino, iniciaban un combate. El príncipe que tuviera menos partidarios resultaba muerto o huía a otro país. Cualquier estratagema estaba permitida. Un hermano intentaba espiar el paradero del otro para aproximársele sigilosamente al amparo de la noche y atacarlo de improviso. Se apuñalaban mientras dormían; se ponían veneno en la comida. Recurrían a hechizos y sortilegios o pedían ayuda de fuera. Cada cual era apoyado por su madre y su hermana, que intentaban protegerlo contra los espíritus de los asesinados y utilizaban la magia contra sus enemigos. El hijo predilecto, sobre el que había recaído la elección del anciano rey, se mantenía oculto durante estas luchas.

La guerra de sucesión podía durar meses, durante los cuales el país vivía en un estado de caos. Todos buscaban protección junto a sus parientes. Se robaba mucho ganado, cualquiera que guardase un resentimiento utilizaba la confu-

sión imperante en el país para vengarse de su enemigo. Solo los grandes jefes, que vigilaban las fronteras de Ankole, no participaban en esta guerra, e intentaban por su parte defender el país de invasores extranjeros.

Un príncipe tras otro era muerto u obligado a exiliarse, hasta que quedaba uno solo. Salía entonces de su escondite el hijo predilecto del anciano rey y se medía con el vencedor. El verdadero objetivo del combate era apoderarse de los tambores del rey. El hijo predilecto no siempre vencía, pero por lo general tenía de su parte a los hechiceros más poderosos y a un gran número de partidarios. Cuando todos sus hermanos estaban muertos, el superviviente volvía a la corte con su madre, su hermana y los tambores del rey. El rey de farsa era asesinado y el vencedor proclamado rey.

Todos los rivales quedaban así eliminados. El superviviente, como vencedor, era considerado el más fuerte, y todos se volvían hacia él. Es de suponer que también otros estados hima donde las guerras de sucesión eran la regla se fundamentaran en el mismo principio. Querían tener por rey al *superviviente*. Haber matado a tantos enemigos le confería el poder que todos esperaban de él.

Pero la guerra por la sucesión no era el único medio para insuflar al rey nuevas fuerzas. Había otras maneras de fortalecer la supervivencia del nuevo soberano. En el reino de Kitara, que limitaba al norte con Ankole, la lucha por la sucesión, una vez concluida, era recreada durante la coronación del nuevo rey mediante un sorprendente rito. Fue presenciado por última vez en la toma de posesión del rey Kabarega, el año 1871, y existe un informe sobre él.

Entre los príncipes había siempre muchachos que no habían participado en los combates por ser demasiados jóvenes. Aún seguían con vida cuando sus hermanos adultos se habían eliminado unos a otros, a excepción del vencedor. El jefe supremo, que actuaba como una especie de regente, intentó persuadir a uno de estos hermanos más jóvenes de que *él* era el rey elegido; todos los demás jefes lo confirmaron. El muchacho sabía, sin embargo, lo que se tramaba, y dijo: «No tratéis de engañarme, yo no soy el rey. Solo queréis matar-

me». Pero tuvo que someterse y fue sentado en el trono. Los jefes comparecieron, le ofrendaron presentes y le rindieron toda suerte de honores. Con ellos entró Kabarega, el vencedor, que era quien debía ser coronado realmente; entró vestido como un simple príncipe y traía una vaca como regalo. El regente le preguntó: «¿Dónde está mi vaca?». Kabarega replicó: «Se la he traído a la persona a la que le corresponde, el rey». El regente consideró la respuesta como una afrenta y con un cordón le golpeó el brazo a Kabarega, que salió furioso y reunió a sus guerreros. El regente los vio venir y dijo al muchacho sentado en el trono: «¡Ahí viene Kabarega a combatir!». El muchacho quiso escapar, pero el regente lo agarró, lo condujo a la parte posterior de la sala del trono y lo estranguló. Fue enterrado en el mismo edificio.

La disputa entre el regente y el nuevo soberano era fingida. El destino del muchacho-rey estaba predeterminado: lo elegían y lo mataban durante las ceremonias de coronación a fin de, según decían, «engañar a la muerte». La guerra estaba decidida. Todos los rivales habían muerto; pero aun así, durante la coronación, el rey debía todavía *sobrevivir* a un muchacho, que era su hermano, y la víctima era enterrada en la zona más interna de la sala, donde se hallaban el trono y los nuevos tambores del rey.

El *arco* real tenía en el reino de Kitara un significado simbólico; durante la coronación, había que añadirle nuevas cuerdas. Elegían con este objeto a un hombre que consideraba un honor donar para ello los tendones de su propio cuerpo. Él mismo dirigía la operación, en la que le extraían los tendones del costado derecho y a consecuencia de la cual moría poco después. Entregaban entonces al rey el arco y cuatro flechas, que disparaba una tras otra hacia los cuatro puntos cardinales, diciendo: «Yo disparo a las naciones para dominarlas». Con cada flecha pronunciaba el nombre de las naciones que quedaban en esa dirección. Luego buscaban las flechas, las traían de vuelta y las guardaban. Al principio de cada año, el rey repetía este ritual de «disparar contra las naciones».

El más poderoso de los reinos vecinos, con el que Kitara siempre estaba en guerra, era Uganda. Cuando el rey de este

país subía al trono, se decía que se había «comido a Uganda» o «comido los tambores». Poseer tambores suponía autoridad y el ejercicio de un cargo público. Había tambores de rey y tambores de jefe. Cada cargo se reconocía por el ritmo de sus tambores. En las ceremonias de entronización, el rey decía: «Yo soy el rey de Uganda. Viviré más que mis antepasados para reinar sobre las naciones y sofocar las rebeliones».

La primera obligación del nuevo soberano era decretar el duelo por el rey muerto. Al finalizar el período de duelo, el rey mandaba tocar los tambores. Al día siguiente tenía lugar una cacería. Traían una gacela y la liberaban: el rey tenía que cazarla. Luego elegían a dos hombres que pasaran casualmente por la calle: uno de ellos era estrangulado, al otro le perdonaban la vida. Esa misma noche el rey se sentaba en el viejo trono y prestaba juramento en presencia de un alto dignatario. Dos hombres fornidos lo llevaban luego sobre sus hombros por todo el campamento para que el pueblo le rindiese homenaje.

Luego llevaban a dos hombres con los ojos vendados a presencia del rey, quien con una flecha hería levemente a uno de ellos y lo enviaba al país enemigo, Kitara, como una especie de chivo expiatorio. El segundo hombre era liberado y nombrado supervisor de la corte privada del monarca y guardián de sus mujeres. Este nuevo supervisor era conducido junto con ocho prisioneros a un lugar destinado a sacrificios, donde se le vendaban los ojos y siete de los presos eran abatidos a garrotazos en su presencia; solo le estaba permitido ver la muerte del octavo. Decían que estas muertes infundían fuerzas al rey y vigor y fidelidad al supervisor.

Después de que el rey hubiera gobernado dos o tres años, volvían a llevar dos hombres a su presencia. A uno lo hería, al otro le perdonaba la vida. El herido era abatido fuera de la empalizada, junto a la entrada principal. El otro era nombrado ayudante del supervisor. Su primera tarea al asumir su cargo era recoger el cadáver del hombre abatido y tirarlo al río más cercano.

A todos estos hombres los asesinaban también para *fortalecer* al rey. Se mataba para mostrar que este había empe-

zado a reinar, y se mataba para que sobreviviese siempre. El proceso mismo de sobrevivir alimentaba su poder. Es costumbre llamativa y quizá peculiar de Uganda la presentación de víctimas en pareja. Una de ellas muere y la otra es indultada. El rey ejerce simultáneamente el doble derecho que le compete. La muerte de uno de los hombres le transmite fuerza, pero el indulto del otro también lo favorece, pues este es testigo del destino de aquel, él mismo sale fortalecido al sobrevivirlo y, por el hecho de haber sido indultado, se convierte en un servidor tanto más fiel del monarca.

Resulta sorprendente que después de todo esto un rey pudiera llegar a morir en Uganda. También en otras ocasiones le sacrificaban vidas humanas. La idea de que sobrevivir a otros aumentaba su poder acabó por convertir los sacrificios humanos en una institución sólida y permanente. Pero se trataba de una institución religiosa, que existía al margen de las veleidades personales de tal o cual rey. A ello se añadían sus propios caprichos y antojos, y dependía de su naturaleza que fueran o no peligrosos.

Un atributo esencial del rey africano era su poder absoluto sobre la vida y la muerte. Inmenso era el terror que de él emanaba. «Ahora tú eres Ata, tienes poder sobre la vida y la muerte. Mata a todo el que diga no temerte.» Tal era la fórmula de entronización del rey de Igara. Mataba a quien quería, y sin aducir razones. Su capricho bastaba; a nadie debía rendir cuentas. En muchos casos, a él mismo no le estaba permitido derramar sangre. Pero el verdugo, que lo hacía en su lugar, desempeñaba el cargo más imprescindible en la corte. Ya fuera que el hombre que en un principio tenía el cargo de verdugo llegase a ser finalmente primer ministro del país, como en Dahomey, ya fuera que diera trabajo a cientos de verdugos como una especie de casta, como en Ashanti, ya fuera que las ejecuciones se limitaran a unos cuantos casos, decretar la pena de muerte era siempre el derecho incuestionable del rey, y si este dejaba de ejercerlo mucho tiempo o no lo había ejercido nunca, su poder dejaba de infundir terror, él mismo ya no era temido y caía víctima del desprecio.

El rey era visto como un *león* o un *leopardo*, ya porque estos animales fuesen considerados sus antepasados, ya porque, aun sin descender directamente de ellos, poseyera parte de sus atributos. Su naturaleza de león o de leopardo significaba que tenía que matar como lo hacen estos animales. Era justo y adecuado que matase. La voluntad de matar debía ser algo innato en él. El terror que emanaba de estos animales debía infundirlo él también.

El rey de Uganda *comía* solo, a nadie le estaba permitido verlo comer. Una de sus mujeres debía servirle la comida y apartar la vista mientras él comía. «El león come solo», decía el pueblo. Si no le gustaba la comida o no se la servían con la rapidez suficiente, mandaba llamar al culpable y lo atravesaba con una lanza. Si la encargada de servirle tosía durante la comida, era castigada con la muerte. Él siempre tenía a mano dos lanzas. Si alguien entraba por casualidad y lo sorprendía comiendo, era atravesado en el acto. El pueblo decía entonces: «El león mató a tal o cual mientras comía». Nadie podía tocar los restos de su comida, que eran arrojados a sus perros favoritos.

Al rey de Kitara le daba de comer su cocinero, que traía la comida, pinchaba un trozo de carne con un tenedor y se lo metía al rey en la boca. Cuatro veces repetía esta operación el cocinero, y si por casualidad rozaba con el tenedor los dientes del monarca, era castigado con la muerte.

Todas las mañanas, cuando ya habían ordeñado las vacas, el rey de Kitara se sentaba en el trono y administraba justicia. Exigía silencio y se enfadaba si alguien hablaba. De pie a su lado, había un paje que llevaba en el hombro derecho una piel de león; la cabeza de este tapaba la espada de doble filo del monarca, que, envainada, permanecía debajo. Cuando el rey quería su espada, estiraba el brazo y el paje se la entregaba. El soberano, entonces, abatía a alguno de la corte. Por lo demás, no era este el único modo como hacía justicia sumaria en el recinto de palacio. Se paseaba acompañado por el paje de la espada, y cuando algo no era de su agrado, estiraba el brazo y ya podía alguien darse por perdido.

Todas sus órdenes debían ser obedecidas sin objeción. No observarlas era sancionado con la muerte. La orden aparece aquí en su forma más pura y antigua, como sentencia de muerte del león contra todo animal más débil que vive bajo su permanente amenaza. Si se trataba de enemigos, tenían que estar siempre, por así decirlo, huyendo de él. Si se trataba de sus súbditos, estaban obligados a servirle. Enviaba a sus gentes a donde quería: mientras lo obedecieran les perdonaba la vida. Pero en realidad seguía siendo un león, y por poco que tuviera motivos o ganas, daba un zarpazo.

### *El sultán de Delhi: Muhammad Tugluq*

Por una feliz circunstancia nos ha llegado de este sultán de Delhi un retrato más nítido y preciso que los que habitualmente poseemos de los soberanos orientales. Un célebre viajero árabe, Ibn Battuta, que en su época recorrió todo el mundo islámico, desde Marruecos hasta China, pasó siete años a su servicio en la corte de Delhi. Nos ha dejado una vívida descripción del soberano, de su carácter, de su corte y de su forma de gobernar. Ibn Battuta disfrutó largo tiempo del favor del sultán y fue presa de un temor mortal cuando cayó en desgracia. En un principio, como era costumbre, logró granjearse su simpatía, y luego procuró salvarse de su ira llevando una vida ascética.

«Muhammad era de esa clase de hombres a quienes gusta por encima de todo hacer regalos y derramar sangre.» Después de sus experiencias en esta corte, Ibn Battuta tenía como pocos una idea clara de la doble cara del poder, tanto la que prodiga como la que asesina. De la exactitud psicológica de su relato hay una prueba irrefutable: existe un segundo informe que puede confrontársele y que proviene de una fuente diferente. Un alto funcionario que vivió más de diecisiete años en la corte de Muhammad, Zia al-Din Barani, escribió poco después de la muerte del soberano una crónica de su reinado en lengua persa que se cuenta entre las mejores obras de este género. Entre muchas otras cosas se

recogen allí tres conversaciones que el futuro historiador mantuvo con el propio sultán, y que reflejan de forma sumamente significativa la idea que este tenía de sus súbditos y de cómo había que gobernar. La descripción que sigue se apoya en estas fuentes y hace un uso amplio, y a menudo literal, de ellas.

Muhammad Tugluq ocupaba un puesto eminente en la cultura de su época. Sus cartas en persa y en árabe eran consideradas modelos de elegancia y siguieron siendo admiradas mucho después de su muerte. Su caligrafía, al igual que su estilo, nada tenían que envidiar a los de los más célebres maestros de esas artes. Tenía imaginación y sabía manejar las metáforas; conocía a fondo la poesía persa; tenía una memoria excepcional y se sabía de memoria muchos poemas, que citaba a menudo y con gusto. También estaba muy familiarizado con el resto de la literatura persa. Las matemáticas y la física, la lógica y la filosofía de los griegos lo fascinaban en igual medida. «Los dogmas de los filósofos, la indiferencia y la dureza de corazón tenían una poderosa influencia sobre él.» Pero también poseía el afán de saber de un médico: él mismo cuidaba enfermos cuando algún síntoma poco habitual atraía su interés. Ningún erudito, ningún calígrafo, ningún poeta, ningún médico podía hacerle frente en una discusión relacionada con su propia especialidad. Era un hombre piadoso: se atenía estrictamente a los preceptos de su religión y no bebía vino. A los cortesanos les convenía respetar las horas de la oración; quien no lo hacía era severamente castigado. Daba una gran importancia a la justicia y se tomaba en serio no solo las prescripciones rituales sino también morales del islam, y esperaba lo mismo de los demás. En la guerra se distinguía por su valor e iniciativa; las hazañas bélicas que realizó bajo el gobierno de su padre y de los predecesores de este aún estaban en boca de todos. Importa señalar este carácter polifacético de su naturaleza, pues todos los rasgos y actos que lo volvieron siniestro e incomprensible a los ojos de sus contemporáneos contrastaban violentamente con esas brillantes cualidades que tanta admiración causaban y que él siempre conservó.

¿Cómo era la corte de este monarca justo y cultivado? Para llegar al interior del palacio era preciso atravesar tres puertas. En la primera había un grupo de hombres encargados de custodiarla. Músicos con añafiles, albogues y oboes se sentaban allí y a la llegada de un emir u otro principal tocaban sus instrumentos y exclamaban al tiempo: «Ha llegado Fulano, ha llegado Fulano». En el exterior de la primera puerta había unas bancas en las que se sentaban los verdugos: era costumbre que, cada vez que el sultán ordenaba la ejecución de alguien, esta se llevara a cabo ante la puerta del salón de audiencias y que el cadáver permaneciera allí durante tres días. Quien se aproximaba al palacio se topaba siempre con cadáveres que yacían allí a montones. Los barrenberos y verdugos encargados de acarrear y ejecutar a las víctimas estaban siempre extenuados por su penosa e incesante tarea. Entre la segunda y la tercera puerta había una sala de recepción para el público en general. Ante la tercera puerta había bancos para los escribas; sin la autorización especial del sultán nadie podía entrar por esa puerta. Cuando alguien llegaba ante ella, los escribas anotaban: «Fulano ha llegado a tal o cual hora, etc.», así hasta que terminaba el día. El sultán recibía información de ello tras la oración de la tarde. Quien, con justificación o sin ella, permanecía tres días o más ausente del palacio, no podía entrar sin una nueva venia del sultán. Si había estado enfermo o tenía cualquier otra excusa, debía ofrecer al sultán un regalo conforme a su rango. Tras esta puerta estaba la sala de audiencias del sultán propiamente dicha, la Sala de las Mil Columnas, un gigantesco espacio con un artesonado de madera maravillosamente labrado y pintado.

Las audiencias tenían lugar en general por la tarde, a veces también por la mañana temprano. El sultán estaba sentado con las piernas cruzadas sobre una tarima tapizada de blanco y coronada por un trono, con un almohadón enorme a la espalda y otros cojines a derecha e izquierda. El visir permanecía en pie ante él; los escribas se colocaban tras el visir; los chambelanes, detrás de los escribas, y así sucesivamente según la jerarquía de la corte. «Al sentarse el sultán,

todos ellos exclaman con fuerte voz: “¡Bismillah!” (‘En el nombre de Dios!’)... Cien escuderos permanecen de pie a la diestra del sultán, y otros cien a su izquierda, armados con adargas, espadas y arcos. A derecha e izquierda, a lo largo de la sala de audiencias, están el cadí de cadíes, el jatib mayor, los cadíes restantes, los alfaquies principales, los más importantes jerifes, los jeques, los hermanos y cuñados del sultán, los grandes emires, los jefes de los “ilustres”, que son los extranjeros y los generales. Seguidamente, se traen sesenta caballos enjaezados con las sillas y bridas reales. La mitad de los caballos se coloca a la derecha y la otra mitad a la izquierda, de suerte que el sultán los vea. Después se traen cincuenta elefantes con gualdrapas de seda y oro y los colmillos armados de hierro, dispuestos para matar a los criminales. Sobre el cuello del elefante va su cornaca, llevando en la mano una especie de hacha de hierro con la que golpea al animal y lo conduce según se quiera. Cada elefante carga sobre el lomo un gran cajón capaz de llevar a veinte soldados, más o menos, según el volumen del elefante y el tamaño de su cuerpo... Estos elefantes están adiestrados para saludar al sultán inclinando la cabeza al tiempo que los chambelanes exclaman: “¡En el nombre de Dios!”. También se mantienen parados, la mitad a derecha, la otra mitad a la izquierda, detrás de los hombres allí congregados. Todos los que llegan tienen un lugar asignado y deben hacer una reverencia cuando pasan frente a los chambelanes. Estos saludan en el nombre de Dios, graduando el tono de voz según el rango del que saluda. Una vez que los visitantes han cumplimentado al rey, se encaminan a su sitio –a derecha o izquierda– y ya no lo abandonan. Si el que saluda es un infiel, los chambelanes dicen: “¡Que Dios te guíe!”»

También la entrada del sultán en su capital ha sido vívidamente descrita por el viajero árabe.

«Cuando el soberano regresa de sus viajes, se engalanan los elefantes y se colocan sombrillas sobre dieciséis de ellos, unas de brocado de oro y otras adornadas con pedrería... Construyen pabellones de madera de varios pisos cubiertos con telas de seda, en cada uno de los cuales pueden verse jó-

venes esclavas cantoras, vestidas con bellos trajes y hermosos aderezos, así como algunos danzarines. En medio de los pabellones hay un gran estanque, hecho con pieles, lleno de julepe disuelto en agua. Todos los que por allí pasan pueden beber de él, tanto baladíes como algarivos. Aquellos que lo hacen reciben al mismo tiempo hojas de betel y nuez de areca. El espacio que separa los pabellones está alfombrado con telas de seda sobre las que pasará el sultán a caballo. Las paredes de las calles por las que ha de transitar el monarca están también adornadas con sedas, desde la puerta de la ciudad hasta la del alcázar. Delante del sultán van sus esclavos, en número de varios miles: el gentío y los soldados van detrás. En alguna ocasión asistí a una de estas entradas en la capital. Sobre los elefantes habían instalado tres o cuatro pequeñas catapultas que, al aparecer el sultán por la puerta de la ciudad y hasta su llegada al palacio, lanzaban entre la gente dinares y *dirhams*, que recogían a la rebatiña.»

Muhammad' era particularmente generoso con los forasteros. Su servicio secreto lo informaba sobre todo aquel que llegaba a una de las ciudades fronterizas de su imperio. Su servicio de correos estaba organizado de manera ejemplar; un trayecto que exigía cincuenta días a los viajeros era cubierto por sus mensajeros, que se relevaban cada tercio de legua, en solo cinco días. No solo sus cartas eran transportadas así, sino también frutas raras de Jurasán que llegaban frescas a su mesa. Los criminales de Estado, atados en parihuelas, eran cargados a hombros por los mensajeros y llegaban hasta él tan deprisa como las cartas y la fruta. Los informes sobre los extranjeros en la frontera eran muy precisos: aspecto y vestimenta, número de acompañantes, de esclavos, servidores y animales; su forma de estar de pie, sentado o de caminar, hiciese lo que hiciese, era registrada cuidadosamente y con todo detalle. El sultán estudiaba detenidamente estos informes. El forastero, por su parte, debía esperar en la capital de la provincia fronteriza hasta que llegaban instrucciones del sultán acerca de si podía proseguir viaje y con cuántos honores había de recibírsele. Cada cual era juzgado exclusivamente según su conducta, porque de

su origen o de su familia en la India lejana difícilmente podía saberse algo. Muhammad se interesaba muy especialmente por los forasteros, a los que hacía gobernadores y dignatarios. La mayoría de sus cortesanos, funcionarios, ministros y jueces eran extranjeros. Por decreto se les otorgaba a todos el título de «excelencia». Hacía que se les pagara sumas muy elevadas para su manutención y los obsequiaba también de muchas otras formas. Gracias a ellos se difundió por todo el mundo la fama de su largueza.

Pero más aún que de su largueza se hablaba de su severidad. Castigaba los delitos grandes y pequeños sin tener en cuenta la persona del acusado, ya fuera hombre erudito, piadoso o de alcurnia. Todos los días le llevaban cientos de personas encadenadas de pies y manos. Unos eran ejecutados, otros torturados y otros azotados. El mismo sultán había dispuesto que todos los ocupantes de sus cárceles compareciesen ante él día tras día, excepto el viernes, que era para ellos un día consagrado a la purificación y el reposo.

Una de las acusaciones más graves hechas contra el sultán fue la de haber obligado a los habitantes de Delhi a abandonar su ciudad. Tenía, según él, motivos para castigarlos, pues acostumbraban a escribirle cartas ofensivas e insultantes. Las lacraban y las remitían «Al amo del mundo, para ser leída solamente por él», echándolas de noche a la sala de audiencias. Cuando el sultán rompía el lacre no encontraba más que injurias y ofensas. Hasta que un día decidió reducir Delhi a escombros y tras comprar a su precio las casas y residencias de todos sus habitantes, les ordenó trasladarse a Dawlat Abad, donde quería establecer su capital. Ellos se negaron, pero el sultán hizo entonces que su heraldo proclamara que transcurridos tres días no debía quedar nadie en la ciudad. La mayoría acató la orden, pero unos cuantos se escondieron en sus casas. El sultán hizo registrar la ciudad en busca de quienes se hubieran quedado en ella. Sus esclavos encontraron a dos hombres en la calle, un tullido y un ciego. Ambos fueron llevados a presencia del sultán, quien ordenó que disparasen al tullido con una catapulta y arrastraran al ciego por el suelo desde Delhi a Dawlat Abad, un trayecto

que duraba cuarenta días. Por el camino fue haciéndose pedazos y todo lo que de él llegó a Dawlat Abad fue una pierna. Todo el mundo abandonó entonces la ciudad, dejando atrás muebles y demás propiedades; la ciudad quedó completamente abandonada. Tan grande fue la desolación que no quedó ni un gato ni un perro en los edificios de la ciudad, en los palacios o arrabales. «Una persona de mi confianza me relató que el sultán subió una noche a la azotea de su palacio y contemplando toda Delhi, donde no se veía fuego, ni humo, ni luz alguna, dijo: “Ahora mi corazón está sereno y mi cólera apaciguada”. Después escribió a los habitantes de otras ciudades y les ordenó trasladarse a Delhi para repoblarla. El resultado fue la ruina de esas ciudades. Delhi misma, a pesar de ello, permaneció vacía, dada su incalculable extensión, pues es una de las ciudades más grandes del mundo. En este estado encontramos la ciudad a nuestra llegada, vacía y, a excepción de unos pocos habitantes, despoblada.»

Este ensañamiento del sultán con sus súbditos no fue sin embargo fruto de un largo reinado. Desde un principio existió entre él y sus súbditos una tensión que no hizo sino crecer con los años. Llevaba dos reinando cuando dio la orden de abandonar Delhi. Sobre el contenido de las cartas que le echaban en la sala de audiencias solo podemos hacer conjeturas. Pero de algún modo parece estar relacionado con la manera como inició su reinado. El padre de Muhammad, Tugluq Sha, perdió la vida víctima de un desgraciado accidente, tras un breve reinado de cuatro años. Solo unos cuantos iniciados sabían lo que realmente había ocurrido. Cuando volvía de una expedición, el viejo sultán encargó a su hijo Muhammad que construyese un pabellón de recepciones. Tres días después, ya estaba listo, construido, como era habitual, de madera, pero de forma tal que un solo golpe en cierto punto podía derribarlo en el acto. Cuando el sultán se dirigió al pabellón junto con su hijo menor, el favorito, Muhammad pidió permiso para organizar un desfile de elefantes, que le fue concedido. Los elefantes fueron guiados de tal manera que al pasar podían haber golpeado el punto dé-

bil de la construcción de madera. El pabellón se desplomó y sepultó al sultán junto con su hijo menor. Las labores de salvamento podían haber sido retrasadas por Muhammad hasta que fuera demasiado tarde. Finalmente, el sultán y su hijo fueron encontrados ya cadáveres. Algunos afirmaban que el sultán, que estaba reclinado sobre su hijo, aún respiraba y fue, como quien dice, asesinado por segunda vez. Muhammad pudo ascender al trono sin oposición alguna, pero sin ningún poder sobre las malas lenguas; desde un principio fue sospechoso de haber asesinado a su padre.

El sultanato de Delhi alcanzó bajo Muhammad Tugluq su máxima expansión. Pasaron más de doscientos años antes de que —en el reinado de Akbar— volvieran a estar reunidas bajo una sola mano regiones tan vastas de la India. Pero Muhammad no estaba en absoluto conforme con las casi dos docenas de provincias que le atribuyeron. Quería dominar todo el mundo habitable y para ello hizo planes grandiosos, destinados a dar cumplimiento a sus propósitos. No reveló estos proyectos a ningún consejero ni amigo, sino que se los guardaba para sí según los iba concibiendo, siempre en solitario. Cualquier cosa que se le ocurriera le parecía bien. No albergaba dudas de ningún tipo, sus objetivos le parecían indiscutibles y para conseguirlos solo consideraba acertados los medios que él mismo empleaba.

Entre sus planes de conquista, los más ambiciosos eran un ataque contra Jurasán e Irak, y otro contra China. Para el primero reunió un ejército de trescientos setenta mil jinetes. Sobornó con sumas gigantescas a los dignatarios de las ciudades amenazadas. Pero el ataque no se llevó a cabo o fue abortado; el ejército se desbandó. Sumas que, aun para las posibilidades de Muhammad, debían considerarse monstruosas, habían sido derrochadas en vano. El otro proyecto, la conquista de China, debía realizarse cruzando el Himalaya. Envío cien mil jinetes hacia las montañas más altas para someter un macizo entero con toda su población autóctona y asegurar así los pasos hacia China. Este ejército sucumbió, a excepción de diez hombres que consiguieron regresar a Delhi y a los que el sultán, decepcionado, hizo ajusticiar.

La conquista del mundo exigía ejércitos colosales, y estos a su vez requerían más y más dinero. Ciertamente es que Muhammad tenía enormes ingresos. El tributo de los reyes hindúes sometidos afluyó por todas partes. De su padre había heredado entre otras cosas un depósito lleno de oro fundido. Sin embargo, pronto se encontró en apuros económicos y buscó, como era su costumbre, algún medio grandioso para remediarlos de golpe. Había oído hablar del papel moneda de los chinos y decidió hacer algo semejante con el cobre. Mandó acuñar grandes cantidades de monedas de cobre y les atribuyó arbitrariamente el valor de las de plata. Ordenó que fueran utilizadas en lugar de las de oro y plata: todo pasó entonces a comprarse y venderse con cobre. La consecuencia de este edicto fue que la casa de cada hindú se convirtió en una casa de la moneda. Los hindúes de las diferentes provincias acuñaron por su cuenta millones de monedas de cobre, con las que pagaban su tributo, compraban caballos y todo tipo de cosas hermosas. Príncipes, alcaldes de pueblo y terratenientes se enriquecieron con estas monedas de cobre, mientras que el Estado se empobreció. Muy pronto el valor del nuevo dinero cayó vertiginosamente, mientras que las viejas monedas, ahora muy escasas, cuadruplicaron o quintuplicaron su valor. Hasta que el cobre acabó teniendo menos valor que los guijarros. Cada cual retenía sus mercancías, el comercio empezó a estancarse en todas partes. Cuando el sultán vio las consecuencias de su edicto, lo revocó en un ataque de furia y ordenó que todo el que poseyera monedas de cobre las llevara a la cámara del tesoro, donde le serían cambiadas por las antiguas. La gente sacó entonces todo el cobre de los rincones donde desdenosamente lo había tirado, y acudió masivamente a la cámara del tesoro, donde recibió a cambio oro y plata. Montañas de monedas de cobre se acumularon en Tugluq Abad. El tesoro perdió grandes sumas. La falta de dinero llegó a un punto crítico. Cuando el sultán se dio cuenta de lo que las monedas de cobre habían costado a su tesoro, se ensañó todavía más con sus súbditos.

Otro medio para hacer dinero eran los impuestos, que ya habían sido muy altos bajo sus predecesores. Él los subió

aún más y la recaudación se llevó a cabo con despiadada crueldad; los campesinos se convirtieron en mendigos. Todo hindú que tenía algo que conservar abandonaba su país para unirse en la jungla a los rebeldes, que habían formado bandas más o menos numerosas por todas partes. La tierra dejó de cultivarse y la producción de cereales era cada vez menor. Una gran hambruna asoló las principales provincias del imperio y se hizo general debido a la larga sequía. La hambruna duró varios años, muchas familias quedaron desintegradas, ciudades enteras no tenían nada que comer y miles de personas perecieron.

Esta hambruna supuso sin duda un verdadero punto de inflexión en los destinos del imperio. Una tras otra, las provincias fueron sustrayéndose a la autoridad de Delhi. Las rebeliones aumentaron, y para sofocarlas, Muhammad estaba continuamente de viaje. Su crueldad iba en aumento. Devastó regiones enteras. Hizo rodear la jungla a la que habían huido los rebeldes y ordenó matar a todo el que fuese capturado en ella, ya fuera hombre, mujer o niño. El terror que infundía era tan grande que dondequiera que apareciese, la gente se le sometía, si es que no había huido antes. Pero no bien había pacificado o asolado una región del país, la rebelión estallaba en otra. Mandaba desollar a los gobernadores que desertaban y rellenar luego la piel con paja; a continuación, hacía que estos siniestros muñecos recorrieran el país para aterrorizar a la población.

Muhammad no tenía ningún tipo de remordimientos por su crueldad. Estaba convencido de la rectitud de sus decisiones. Los diálogos que al respecto mantuvo con el historiador Zia al-Din Barani son tan reveladores que bien vale la pena citar algunos pasajes.

«Tú mismo ves», comentaba el sultán a Barani, «cuántas rebeliones surgen. No me producen satisfacción alguna, aunque la gente diga que todas se deben a mi exagerada severidad. Pero ni esos comentarios ni las rebeliones me harán renunciar a la pena de muerte. Tú has leído muchas obras de historia. ¿Has encontrado en alguna casos de reyes que bajo ciertas circunstancias impongan la pena de muerte?»

Barani citó en su respuesta a una alta autoridad islámica que consideraba permitida la pena de muerte en siete casos. Según ella, todo lo que fuese más allá solo provocaría disturbios y rebeliones y sería perjudicial para el país. Estos siete casos eran: 1) apostatar de la verdadera religión; 2) asesinar; 3) cometer adulterio un hombre casado con la mujer de otro; 4) conjurarse contra el rey; 5) acaudillar una rebelión; 6) ponerse en contacto con los enemigos del rey y transmitirles información; 7) desobedecer en perjuicio del Estado, aunque, eso sí, *ningún otro tipo de desobediencia*. Sobre tres de estos delitos –apostatar de la religión, asesinar a un musulmán y cometer adulterio con una mujer casada– se había pronunciado ya el Profeta mismo, y el castigo de los otros cuatro era más bien cuestión de política y buen gobierno. Pero las autoridades, añadió Barani, también habían resaltado que hay reyes que nombran visires a quienes luego ascienden a altas dignidades y encomiendan la administración de su imperio; estos visires estarían allí para promulgar decretos justos y mantener el país en orden, de forma que el rey no tuviera que mancharse con la sangre de nadie.

El sultán replicó: «Los castigos que entonces se imponían eran adecuados al estado primitivo de aquel mundo. Actualmente hay muchos más hombres malvados y levantiscos. Yo los castigo a la menor sospecha o conjetura de que alberguen propósitos de traición o rebeldía, castigo con la muerte cualquier acto de desobediencia, por mínimo que sea, y seguiré haciéndolo hasta que muera o hasta que la gente se comporte correctamente y renuncie a rebelarse y desobedecer. No tengo ningún visir que tome medidas que me impidan derramar sangre. Yo castigo a la gente porque todos se hicieron a la vez enemigos y adversarios míos. No me han demostrado ningún tipo de querencia ni lealtad, pese a que he repartido grandes riquezas entre ellos. Conozco bien sus sentimientos, y veo que están descontentos y me son hostiles».

En una conversación posterior lamenta no haber mandado matar antes a todos los que con sus rebeliones le habían causado tantos perjuicios. En otra ocasión –acababa de perder una de sus ciudades más importantes, la misma a la que

una vez obligara a trasladarse a todos los habitantes de Delhi– manda llamar a Barani y le pregunta qué medidas habían aplicado los reyes anteriores en casos semejantes. Su imperio estaba enfermo, añade, y ningún remedio surtía efecto. Según Barani, los reyes que habían admitido no contar ya con la confianza de su pueblo y ser más bien objeto de la animadversión general, habían abdicado y entregado el poder al más digno de sus hijos. Otros se habían dedicado a la caza y a los placeres, dejando los asuntos de Estado en manos de sus visires y funcionarios; si el pueblo estaba contento y el rey no era vengativo, la enfermedad del Estado aún podía curarse de esta manera, y es que de todos los males políticos, el mayor y más terrible era ese sentimiento general de animosidad y la falta de confianza en todos los estratos de la población. El sultán no se inmutó al oír los valientes y apenas disimulados consejos de Barani. Si lograba poner orden en los asuntos de su imperio como él deseaba, pero solo entonces, confiaría el poder a tres personas muy concretas y emprendería una peregrinación a La Meca. «Ahora estoy furioso con mis súbditos y ellos están enojados conmigo. Conocen mis sentimientos como yo conozco los suyos. Todos los intentos que hago quedan sin efecto. Mi remedio para los rebeldes, levantiscos y descontentos, es la espada. Impongo la pena de muerte y uso la espada para obtener la curación por el sufrimiento. Cuanto más resistencia oponen ellos, más castigos les impongo.»

Sin embargo, el número de rebeliones y la conmoción general de su imperio acabaron surtiendo efecto en el ánimo del sultán. Empezó a sentir escrúpulos: no por los montones de cadáveres que se hacinaban ante su palacio y en todas las provincias y ciudades que visitaba, sino más bien por la legitimidad de su poder. Él mismo era, como ya ha quedado suficientemente claro, un hombre piadoso y justo y quería conseguir para el ejercicio de su cargo real la máxima sanción de orden espiritual que otorga el islam. En siglos anteriores, los califas de la casa de los abbasíes, que residían en Bagdad, eran considerados como la instancia más competente. Pero su imperio ya no existía. En 1258 Bagdad fue

conquistada por los mongoles y el último califa pereció asesinado. Para Muhammad Tugluq, que subió al trono en 1325 y cuyos escrúpulos despertaron hacia 1340, cuando las provincias del imperio fueron sustrayéndose a su autoridad una tras otra, no fue nada fácil averiguar quién tenía entonces derecho de investidura. Realizó minuciosas investigaciones. Todos los viajeros que llegaban a su corte desde los países occidentales del mundo islámico eran meticulosamente interrogados, hasta que por fin llegó a la conclusión de que el califa de Egipto era su «Papa» anhelado. Entró en negociaciones con él y hubo intercambio de emisarios. En sus cartas al califa se permitía lisonjas tan excesivas que el historiador Barani, a quien al fin y al cabo debían de resultarle familiares, no se atrevió a recogerlas. En compañía de sus más altos dignatarios civiles y religiosos, Muhammad salió hasta las puertas de la ciudad a recibir al emisario que el califa le había enviado; luego lo escoltó un trecho caminando descalzo. Mandó borrar su propio nombre de todas las monedas y grabar en su lugar el del califa. En la oración de los viernes y días festivos se empezó a mencionar el nombre del califa. Sin embargo, a Muhammad no le bastó con esto. Hizo suprimir de la oración el nombre de todos los reyes anteriores que no hubieran sido confirmados por los califas y declaró nulos sus reinados. El nombre del califa fue grabado en los edificios de mayor altura, y ningún otro podía aparecer al lado. En un documento solemne que llegó de Egipto tras varios años de correspondencia, Muhammad fue nombrado en debida forma representante del califa en la India. Este nombramiento le produjo una alegría tan grande que mandó a sus poetas cortesanos que lo transcribieran en versos primorosamente elaborados.

Por lo demás, Muhammad siguió siendo el mismo hasta el final. Su severidad fue aumentando con sus fracasos. No pereció a manos de un asesino. Después de veintiséis años de reinado, murió de unas fiebres que contrajo en una expedición punitiva.

Muhammad Tugluq es el ejemplo más puro de poderoso paranoico. Lo extraño de su existencia la vuelve particular-

mente instructiva para un europeo. Todo en él sorprende; resulta fácil captarlo globalmente. La rigurosa cohesión de su naturaleza es evidente.

Cuatro tipos de masa inciden en su espíritu: su ejército, su dinero, sus cadáveres y la corte, a la que su capital está estrechamente vinculada. Él mismo las manipula sin cesar; unas crecen a expensas de las otras. Con la ruina de los enormes ejércitos se agota el tesoro. Manda al exilio a todos los habitantes de su capital, y de pronto se queda él solo en la gran urbe. Desde la azotea de su palacio contempla entonces satisfecho la metrópolis vacía, disfrutando con plenitud la dicha del superviviente.

Al margen de lo que emprenda, sabe conservar siempre *una* de sus masas. En ningún momento deja de matar. Los cadáveres amontonados ante su palacio son una institución permanente. Día tras día manda traer a su presencia a todos los prisioneros: como candidatos a la ejecución, son su propiedad más valiosa. En el transcurso de un reinado de veintiséis años, los montones de cadáveres se extienden por todas las provincias de su imperio. Epidemias y hambrunas acuden en su ayuda. Se enfada por la inevitable caída de los tributos. Pero mientras crezca el número de sus víctimas, nada logrará erosionar seriamente su confianza en sí mismo.

Para mantener a un grado máximo la concentración de la energía con la que dicta sus órdenes, que no son sino sentencias de muerte, busca una suprema instancia que se la asegure. Dios, en el cual cree como buen musulmán piadoso, no le basta. Busca recibir la investidura de manos del vicario legal de Dios.

Muhammad Tugluq ha sido defendido por algunos historiadores modernos de la India. Los panegiristas del poder nunca han escaseado. Los historiadores, que están profesionalmente poseídos por él, acostumbran a explicarlo todo con la *época*, tras la cual pueden ocultarse fácilmente como conocedores, o bien con la *necesidad*, que entre sus manos adopta cualquier forma.

Cabe esperar interpretaciones de este tipo también para ciertos casos que nos son más próximos que el de Muham-

mad Tugluq. En este punto, puede resultar provechoso, a título preventivo, sacar a la luz los procesos del poder en un hombre que, por fortuna para el mundo, solo lo vivía en sus delirios.

### *El caso Schreber. Primera parte*

Resulta imposible imaginar un documento más enjundioso y sugerente que las *Memorias* del ex presidente del Senado de Dresde, Daniel Paul Schreber. Era un hombre culto e inteligente, al que su profesión había acostumbrado a expresarse con fórmulas claras. Aquejado de paranoia, pasó siete años internado en diversos sanatorios hasta que se decidió a escribir con todo detalle lo que para el mundo habría de ser el sistema de su delirio. Sus *Memorias de un neurópata* llegaron a ser todo un libro. Tan firmemente convencido estaba de la rectitud e importancia de la religión que se había creado que, cuando consideraron superada su incapacitación, las hizo imprimir. Sus recursos verbales parecen hechos expresamente para formular un universo mental tan peculiar, y le permiten captar lo estrictamente necesario para que nada esencial quede en la sombra. Defiende una causa y por fortuna no es un poeta, de modo que podemos seguirlo sin tener que protegernos de él.

Quisiera destacar aquí algunos de los rasgos más notorios de su sistema en la medida en que la brevedad del espacio lo permita. En mi opinión, este caso nos permite aproximarnos mucho a la naturaleza de la paranoia. El que otros, ocupándose también de ella, hayan llegado quizá a resultados diferentes puede que sea una prueba más de la enjundia de estas *Memorias*.

Las pretensiones de Schreber resultan particularmente evidentes allí donde él mismo parece ponerles coto. «Pues yo mismo no soy más que un hombre», dice casi al principio, «y estoy por lo tanto sujeto a los límites del conocimiento humano.» A partir de ahí lo que no admite duda para él es que se ha aproximado a la verdad infinitamente más que el resto de los hombres. Y acto seguido pasa a ha-

blar de la idea de eternidad, que recorre todo su libro y que es para él más importante que para el común de las gentes. La conoce a la perfección y la contempla como algo que no solo le incumbiese sino que le perteneciese. Él mismo calcula en períodos de tiempo gigantescos: sus experiencias abarcan siglos. Tiene la impresión de que «algunas noches hubieran durado siglos, de suerte que durante este tiempo podrían haberse producido los cambios más profundos en la humanidad entera, en la Tierra misma y en todo el sistema solar». En el espacio cósmico se siente tan en casa como en la eternidad. Lo fascinan en especial algunas constelaciones y estrellas aisladas: Casiopea, Vega, Capella, las Pléyades. Habla de ellas como de paradas de autobús que estuvieran a la vuelta de la esquina. Y sin embargo, es muy consciente de la distancia real que las separa de la Tierra. Tiene conocimientos astronómicos y no empequeñece el universo. Al contrario, parece que los cuerpos celestes lo atraen precisamente por estar tan lejos. La inmensidad del cosmos lo seduce; quiere ser tan vasto como él y extenderse enteramente por encima.

No tenemos sin embargo la impresión de que lo que le interese sea el proceso de crecer hacia lo alto; es más un *expandirse* que un crecer; quiere la vastedad para consolidarse y afirmarse en ella. Lo importante para él es su propia *posición*, que nunca podrá ser lo suficientemente grande y eterna. El principio supremo es para él el orden cósmico, al que pone por encima de Dios; cuando Dios intenta actuar en contra de este, se encuentra con dificultades. Schreber habla a menudo de su propio *cuerpo* humano como de un *cuerpo celeste*. El orden del sistema planetario lo preocupa tanto como a otros el de su familia. Desea sentirse integrado y localizado en él. Puede que también lo atrajeran particularmente la inmutabilidad y duración de las constelaciones, tal como las conocemos hace ya varios milenios. «Ocupar un punto» entre ellas era ocuparlo para la eternidad.

Este *sentimiento de posición* es para el paranoico de capital importancia: se trata siempre de defender y asegurar una posición exaltada. Tampoco en el poderoso, dada la natura-

leza del poder, puede ser de otra manera: el sentimiento subjetivo que tiene de su posición no se diferencia en nada del que tiene el paranoico. El que puede, se rodea de soldados y se encierra en fortalezas. Schreber, que se siente amenazado de muchas maneras, se aferra a las estrellas. Porque, como veremos, el mundo está trastornado. Para hacer comprensibles estos peligros, habrá que decir algo acerca de quienes habitan su mundo.

El *alma* humana, según Schreber, está contenida en los *nervios* del cuerpo. Mientras el hombre vive, es cuerpo y alma a la vez. Pero cuando muere, los nervios subsisten como alma. Dios es siempre y únicamente nervio, nunca cuerpo. Está, pues, emparentado con el alma humana, pero es infinitamente superior a ella, porque los nervios de Dios son eternos y su número es ilimitado. Los nervios de Dios tienen la propiedad de transformarse en rayos, los del sol y las estrellas, por ejemplo. Dios se complace en el mundo que ha creado, pero no interviene directamente en su destino. Después de la creación, se retiró de él y ahora permanece casi siempre alejado. Dios no *debe* acercarse demasiado a los hombres, pues los nervios de los vivos tienen tal fuerza de atracción sobre Él que ya no podría desprenderse de ellos y vería amenazada su propia existencia. Tiene, pues, que cuidarse siempre de los vivos, y si pese a ello alguna vez se acerca, demasiado atraído por una ferviente plegaria o por algún poeta, se retira lo más deprisa posible, antes de que sea demasiado tarde.

«Un trato regular de Dios con las almas humanas solo tenía lugar después de la muerte. Dios podía entonces aproximarse sin peligro a los cadáveres, para sacarles los nervios del cuerpo y despertarlos a una nueva vida celestial.» Pero previamente los nervios humanos debían ser revisados y purificados. Dios solo podía utilizar nervios humanos puros, cuyo destino era integrarse a Él y convertirse finalmente «en parte constitutiva suya, como antecámaras del cielo». Para ello era necesario someterlos a un complicado proceso de purificación que ni el propio Schreber es capaz de describir en detalle. Una vez que las almas habían completado este proceso

y ascendido al cielo, olvidaban paulatinamente quiénes habían sido en la Tierra, aunque no todas lo hacían con igual rapidez. Hombres eminentes como Goethe o Bismarck quizá siguieran conservando durante siglos la conciencia de su identidad; pero nadie, ni siquiera el más grande, la conservaba para siempre. Porque «el destino de todas las almas era, finalmente, *disolverse en unidades superiores, fundidas con otras almas*, y así ya solo sentirse parte constitutiva de Dios (“antecámaras del cielo”)».

La fusión de las almas en una *masa* es aquí la suprema beatitud. Nos recuerda más de una representación de la iconografía cristiana: ángeles y santos todos apretujados como nubes, a veces nubes de verdad, cuyas cabezas solo puede distinguir una mirada atenta. Esta imagen es tan corriente que ya no pensamos en su significación. Pone de manifiesto que la beatitud no solo consiste en la proximidad a Dios, sino en el hecho de que los iguales estén todos juntos formando una masa compacta. Con la fórmula «antecámaras del cielo» se intenta hacer aún más densa la consistencia de esta masa de almas bienaventuradas; realmente se han disuelto en «unidades superiores».

Según Schreber, Dios no entiende gran cosa a los hombres vivos. En pasajes sucesivos de las *Memorias*, Schreber vuelve una y otra vez a reprochar a Dios su incapacidad para entender al hombre vivo y, sobre todo, para juzgar correctamente su actividad pensante. Habla de la ofuscación de Dios, que se debería a su desconocimiento de la naturaleza humana, pues está acostumbrado a tratar solo con cadáveres y se guarda muy bien de acercarse demasiado a los vivos. En el fondo, el eterno amor divino solo estaría dirigido, según el autor de las *Memorias*, a la creación como totalidad, pues Dios no es un ser que posea la perfección absoluta que le atribuye la mayoría de las religiones. De lo contrario, tampoco se habría dejado involucrar en la *conspiración* contra hombres inocentes que constituye el núcleo propiamente dicho de la enfermedad de Schreber. Porque en el «portentoso edificio» del universo que se acaba de describir apareció de pronto una grieta. Sobre los reinos de Dios se

abatió una grave crisis relacionada con el destino personal de Schreber.

Se trata nada menos que del asesinato de un alma. Schreber ya había estado enfermo una vez y se hizo tratar entonces por un psiquiatra de Leipzig, el profesor Flechsig, quien al cabo de un año declaró curado y dio de alta al paciente, lo cual permitió a este reanudar sus actividades profesionales. En aquella ocasión, Schreber había demostrado su profunda gratitud al psiquiatra, y más todavía su mujer, «que veneraba en el profesor Flechsig a la persona que le había devuelto a su esposo, motivo por el cual tuvo durante años el retrato del psiquiatra encima de su escritorio». Schreber vivió entonces ocho años dichosos, en salud y con mucho trabajo junto a su mujer. Durante todo este tiempo tuvo numerosas ocasiones de ver el retrato de Flechsig sobre el escritorio de su mujer, cosa que, sin saber muy bien por qué, debió de darle mucho que pensar. Cuando enfermó de nuevo y, como es lógico, volvió a la consulta de Flechsig, que ya una vez había demostrado su eficiencia, resultó que la figura del psiquiatra había adquirido dimensiones francamente peligrosas en el espíritu de su paciente.

Quizá Schreber, que ya disfrutaba de cierta autoridad como juez, había guardado secretamente rencor al psiquiatra por haberlo retenido un año entero bajo su poder. Seguro que esta vez lo odió por haber vuelto a caer en su férula. Fue formándose en él la convicción de que Flechsig quería asesinar o secuestrar su alma. La idea de que es posible apoderarse del alma de otro era, según Schreber, antiquísima y conocida en todas partes. De este modo podía uno apropiarse de las fuerzas espirituales de la víctima o bien asegurarse una vida más larga. Por ambición y afán de poder, Flechsig había fraguado un *complot* con Dios, tratando de persuadirlo de que el alma de un simple Schreber no podía tener mayor importancia. Quizá se tratara incluso de una rivalidad ya antigua entre las familias de Schreber y de Flechsig. Algún Flechsig pudo haber tenido de pronto la impresión de que uno de los Schreber le había sacado ventaja. Por eso urdió junto con ciertos elementos de los reinos divinos

una conspiración que impidiera a los Schreber elegir ciertas profesiones capaces de estrechar todavía más sus relaciones con Dios. Una de esas profesiones era la de neurólogo; dada la importancia de los nervios como la sustancia de la cual se componían Dios y todas las demás almas, era evidente el enorme poder que poseían los neurólogos. De ahí que, mientras ningún Schreber se había hecho psiquiatra, sí lo fuera un Flechsig; el camino para secuestrar almas quedaba así abierto a los conjurados; Schreber estaba en poder del asesino de su alma.

Quizá resulte útil señalar ya aquí la importancia que tienen los complots para el paranoico. Las *conspiraciones* o *conjuras* se hallan para él a la orden del día, y es seguro que en cualquier cosa descubrirá siempre algo que se las recuerde, aunque solo sea remotamente. El paranoico se siente *cercado*. Su enemigo principal nunca se conformará con atacarlo en solitario. Procurará siempre azuzar contra él una *muta* cargada de odio y lanzársela en el momento preciso. Los miembros de la muta, que al principio permanecen ocultos, pueden hallarse en cualquier parte. Fingen ser inofensivos e inocentes, como si no supieran lo que acechan. Pero la penetrante fuerza mental del paranoico logra desenmascararlos. Cada vez que estire la mano atraparé a un conjurado. Aunque no gruñe, la muta estará siempre ahí; su hostilidad permanece inalterable. Una vez ganados para el enemigo, los integrantes de la muta siguen siendo lo que son, un grupo de perros fieles totalmente entregados a él. Podrá tratarlos como quiera. Incluso a gran distancia, los mantendrá sujetos a la trailla de su maldad. Los dirigirá como mejor le convenga y preferirá elegirlos de manera tal que se abalancen sobre la víctima desde todos lados simultáneamente y con gran ímpetu.

Una vez urdida esta conspiración, ¿cómo se desarrolló realmente la lucha contra Schreber? ¿Cuáles eran los objetivos de los conjurados y qué medidas adoptaron para alcanzarlos? El más importante, el objetivo propiamente dicho, si bien no el único, del que no quisieron desistir durante largos años, era la destrucción de su mente. Debían convertir a

Schreber en un imbécil, agudizando su enfermedad nerviosa a un punto tal que pareciera definitivamente incurable. ¿Qué podía herir más profundamente a un espíritu como el suyo? Su enfermedad empezó con un angustioso insomnio. Todo lo que intentaba para combatirlo era inútil. Ya desde un principio, opina Schreber, tuvieron la intención de impedirle dormir y de provocarle un trastorno mental mediante el insomnio. Para conseguirlo lanzaron contra él un sinnúmero de rayos. Estos procedían inicialmente del profesor Flechsig; pero luego también empezaron a interesarse cada vez más por Schreber las almas de los difuntos que aún no habían concluido su proceso de purificación, las «almas probadas», como las llama el autor de las *Memorias*, y estas también penetraron en él en forma de rayos, acción en la que tomó parte el propio Dios. Y resultó que todos esos rayos le *hablaron*, aunque de manera imperceptible para los demás. Era como una oración que uno recita en silencio para sí mismo, sin pronunciar las palabras en voz alta. La única y penosa diferencia consistía en que las palabras de la oración dependen de la propia voluntad, mientras que los rayos que le eran impuestos a Schreber desde fuera iban diciendo lo que *ellos* querían.

«Podría mencionar aquí cientos, si no miles, de nombres que tenían trato conmigo en forma de almas. Cada una de estas almas me hablaba en tono persuasivo, como una “voz”, ignorando la presencia de las demás. Resulta fácil imaginar la irreparable confusión que fue creándose así en mi cabeza...

»Debido a mi creciente nerviosismo y a la fuerza de atracción que este generaba, un número cada vez mayor de almas de personas difuntas se sentían atraídas hacia mí, para luego volatilizarse en mi cabeza o en mi cuerpo. En numerosas ocasiones resultaba que, al final, las almas en cuestión solo tenían una breve existencia en mi cabeza, en forma de “hombrecillos” (minúsculas figurillas humanas, de solo unos cuantos milímetros de altura), antes de desaparecer por completo... En muchas ocasiones nombraban las estrellas o constelaciones de las que provenían o “de las cuales pen-

dían”... Había noches en que las almas, bajo la forma de “hombrecillos”, goteaban a cientos, si no a miles, sobre mi cabeza. Yo les advertía siempre que no se me acercaran, porque en todo momento era consciente, a partir de lo sucedido con anterioridad, de la incommensurable fuerza de atracción de mis nervios, pero las almas consideraban totalmente imposible la existencia de una fuerza de atracción tan amenazadora.

»En la lengua de las almas era llamado “el visionario”, es decir, alguien que ve espíritus, que tiene trato con espíritus o almas de personas difuntas. De hecho, desde que el mundo existe no creo que haya habido otro caso como el mío, es decir, de una persona que haya estado en contacto permanente no solo con almas de personas difuntas *por separado*, sino además con la totalidad de las almas y con la omnipotencia de Dios mismo.»

Resulta evidente el carácter masivo que estos procesos tienen para Schreber. El cosmos, incluidas las estrellas más remotas, está poblado por almas de personas fallecidas. Todas tienen un lugar asignado en el que moran: tal o cual estrella bien conocida. De pronto, y debido a su enfermedad, Schreber se convierte en el centro de todas ellas. A pesar de sus advertencias, las almas se agolpan en torno a él, cuya atracción se vuelve irresistible. Podríamos decir que las reúne a su alrededor como masa; y puesto que —como él mismo subraya— se trata de la totalidad de las almas, estas representan la mayor masa imaginable. Pero no es simplemente que permanezcan reunidas como masa en torno a él, algo así como un «pueblo» en torno a su *Führer* o caudillo. Todo lo contrario, con ellas sucede *enseguida* lo que un pueblo que se agolpa en torno a algún caudillo no experimenta sino gradualmente, con el paso de los años: la relación con él las vuelve cada vez más *pequeñas*. En cuanto llegan a él, las almas se empequeñecen rápidamente hasta quedar reducidas a unos cuantos milímetros de altura, y la verdadera relación entre ellas y Schreber se manifiesta así con la máxima claridad: él es, en comparación con ellas, un gigante; ellas, minúsculas criaturas, se agitan en torno a él. Pero esto no es

todo: el gran hombre las devora. Son literalmente absorbidas por él para luego desaparecer del todo. El gigante ejerce sobre ellas una acción aniquiladora. Las atrae, las reúne, las empequeñece y las devora, y así todo lo que eran redundaba en beneficio de su gigantesco cuerpo. Y eso que no se le acercaron precisamente por su bien; su intención era más bien hostil: en un principio habían sido enviadas para perturbar su razón y causar así su perdición. Pero precisamente este peligro lo había hecho crecer. Ahora que sabe *domarlas*, se siente no poco orgulloso de su poder de atracción.

A primera vista, Schreber, en la esfera de su delirio, podría parecer un personaje de tiempos pretéritos, cuando la creencia en los espíritus estaba muy difundida y las almas de los difuntos revoloteaban como murciélagos en torno a los vivos. Es como si Schreber ejerciera la profesión de un chamán que conociese a la perfección el mundo de los espíritus y supiera ponerse en contacto directo con ellos, utilizándolos para cualquier propósito. De hecho, le gusta que lo llamen «visionario». Pero el poder de un chamán dista mucho de llegar tan lejos como el de Schreber. Ciertamente es que a veces el chamán tiene los espíritus dentro de sí, pero estos no se disuelven en él, sino que mantienen siempre su existencia autónoma, y se da por sentado que en algún momento deberán recuperar su libertad. Dentro de Schreber, en cambio, se disuelven por completo y desaparecen, como si nunca hubieran tenido una existencia independiente. Bajo el disfraz de una cosmovisión anticuada que presupone la existencia de espíritus, el delirio del autor de las *Memorias* es, en realidad, el modelo exacto del poder político, que se alimenta de la masa y está compuesto por ella. Cualquier tentativa de un análisis conceptual del poder no puede sino empañar la claridad de la visión de Schreber. En ella se dan todos los elementos de la relación real de poder: la intensa y continua atracción ejercida sobre los individuos que deberán aglutinarse en una masa, la actitud ambivalente de esta, su domesticación mediante el empequeñecimiento de sus integrantes, su disolución dentro del poderoso, que representa el poder político en su persona, en su *cuerpo*; sus dimensio-

nes, que de este modo deberán *renovarse* sin cesar; y por último un aspecto muy importante que hasta ahora no habíamos mencionado: el *catastrofismo* inherente a todo ello, una amenaza contra el orden cósmico que se deriva precisamente de esa fuerza de atracción inesperada y que crece a toda prisa.

De este catastrofismo hay testimonios más que suficientes en las *Memorias*. Las visiones de Schreber sobre el fin del mundo tienen algo grandioso; de momento citaremos un pasaje directamente relacionado con su fuerza de atracción sobre las almas. Las almas, que gotean sobre él masivamente desde las estrellas, ponen en peligro con su comportamiento los cuerpos celestes de los que provienen. Es como si estas almas *constituyeran* realmente las estrellas y todo se disolviera cuando las abandonan en gran número para dirigirse hacia Schreber.

«De todas partes iban llegando noticias desastrosas: tan pronto anunciaban que esta o aquella estrella o constelación habían tenido que ser abandonadas, tan pronto decían que Venus estaba inundada, como que había que descolgar el sistema solar entero, o bien que Casiopea, la constelación entera, había tenido que ser reducida a un único sol y ya solo se salvarían quizá las Pléyades.»

Sin embargo, la preocupación de Schreber por la integridad de los cuerpos celestes es sólo *un* aspecto de su catastrofismo. Mucho más significativo es otro hecho con el que *empezó* su enfermedad. No estaba relacionado con las almas de los difuntos, con las que, como ya sabemos, él mantenía un trato ininterrumpido, sino con sus semejantes. Porque a decir verdad estos ya no existían: *la humanidad entera había perecido*. Schreber se consideraba a sí mismo como el *único* hombre que realmente había sobrevivido. Los pocos seres humanos que aún veía, por ejemplo su médico, los enfermeros del sanatorio u otros pacientes, eran para él pura apariencia. Eran «personas fugazmente esbozadas», que solo se le mostraban para confundirlo. Surgían como sombras o imágenes y volvían a disolverse; él, por supuesto, no los tomaba en serio. Los verdaderos hombres habían pereci-

do todos. *El único que vivía era él.* Este hecho no le fue revelado en visiones aisladas ni lo desmintió opinión contraria alguna; Schreber estuvo firmemente convencido de él durante años. Esta convicción, genuinamente suya, acabó tiñendo todas sus visiones sobre el fin del mundo.

Consideraba posible que toda la clínica de Flechsig, y con ella quizá la ciudad de Leipzig, hubieran sido «arrancadas» de la Tierra y trasladadas a otro cuerpo celeste. Las voces que le hablaban le preguntaban a veces si Leipzig seguía existiendo. En una de sus visiones fue bajado en una especie de ascensor hacia las entrañas mismas de la Tierra. Fue recorriendo así todos los períodos geológicos, hasta que de pronto se encontró en un bosque de carbón mineral. Abandonó entonces un rato el vehículo y deambuló por algo que parecía ser un cementerio, avanzando por entre las tumbas de los habitantes de Leipzig, incluida la de su propia esposa, quien, preciso es recordarlo, aún estaba viva y solía visitarlo en la clínica.

Schreber llegó a imaginarse la desaparición de la humanidad de múltiples maneras. Pensó en una disminución del calor solar debido a un mayor alejamiento del sol y a la consiguiente glaciación universal. Pensó en terremotos: le habían dicho que el gran terremoto de Lisboa había estado vinculado con la llegada de un visionario como él. La noticia de que en el mundo moderno había aparecido de pronto un hechicero, el profesor Flechsig, y la repentina desaparición de Schreber, una personalidad ya conocida en amplios círculos, habrían provocado desconcierto y miedo entre los hombres, destruyendo los fundamentos de la religión. Una ola de exasperación e inmoralidad, así como una serie de epidemias devastadoras, se habrían abatido sobre la humanidad. Oía hablar de la lepra y de la peste, dos enfermedades que ya casi no se conocían en Europa. Advirtió en su propio cuerpo síntomas de la peste, que iba adoptando diferentes formas: la peste azul, la parda, la blanca y la negra.

Pero mientras los hombres iban sucumbiendo a todas estas epidemias terribles, él mismo, Schreber, era curado por

rayos benéficos. Porque, en verdad, había que distinguir entre dos especies diferentes de rayos, los rayos «nocivos» y los «reparadores». Los primeros, cargados con sustancias venenosas procedentes de cadáveres u otras materias orgánicas en descomposición, introducían gérmenes patógenos en el cuerpo o provocaban en él otros efectos destructores. Los rayos «reparadores» o puros volvían a sanar los daños que aquellos habían causado.

No se tiene la impresión de que estas catástrofes se hayan abatido sobre la humanidad muy en contra de la voluntad de Schreber. Todo lo contrario, éste parece sentirse satisfecho de que los ataques a los cuales lo expuso el profesor Flechsig hubieran tenido consecuencias tan monstruosas. La humanidad entera es castigada y exterminada porque se ha permitido estar *en contra de él*. Solo él es protegido contra las epidemias por los rayos «reparadores». Schreber queda como único superviviente porque él mismo así lo quiere. Quiere ser el único en seguir de pie, vivo, en medio de un gigantesco campo sembrado de cadáveres, y ese campo de cadáveres contiene a todo el resto de la humanidad. Demuestra así no solo ser un paranoico; seguir con vida hasta el final es la tendencia más profunda de todo *poderoso* «ideal». El poderoso envía a los demás a la muerte para no ser él mismo víctima de ella: *la desvía de su persona*. No solo le es indiferente la muerte de los demás: todo lo induce a provocar la masivamente. Recurre a esta medida radical sobre todo cuando su autoridad sobre los vivos se ve amenazada. En cuanto se siente en peligro, ya no hay prácticamente argumento racional capaz de refrenar su intenso deseo de ver a *todos* muertos ante sí.

Se podría objetar que esta interpretación «política» del caso Schreber está fuera de lugar; que sus visiones apocalípticas son de naturaleza religiosa; que no pretende tener autoridad alguna sobre los vivos; que el poder de un visionario es, por su propia esencia, diferente. Puesto que su delirio *empieza* con la idea de que todos los hombres han muerto, mal podrían atribuírsele ambiciones de poder terrenal.

Lo erróneo de esta objeción se pondrá muy pronto de manifiesto. Vamos a encontrar en Schreber un sistema político que nos resultará siniestramente familiar. Pero antes de ilustrarlo, se hace aconsejable decir algo acerca de su concepción del poder divino.

Según Shereber, fue el propio Dios «quien determinó todas las directrices de la política llevada a cabo contra mí ... Dios habría podido en todo momento aniquilar a cualquier hombre que le resultara incómodo enviándole una enfermedad mortal o fulminándolo ... En cuanto los intereses de Dios colisionaban con los de ciertos individuos aislados o grupos humanos, o tal vez incluso con toda la población de un planeta, debía despertarse en Dios, como en cualquier otro ser animado, el instinto de autoconservación. ¡Pensemos en Sodoma y Gomorra! ... Sería inconcebible que Dios negase a cualquier individuo la parte de beatitud que le correspondiera, dado que todo incremento de las “antesalas del cielo” sirve exclusivamente para aumentar su propio poder y reforzar las defensas contra los peligros derivados de su aproximación a la humanidad. Una colisión entre los intereses de Dios y los de los individuos no podría producirse si los hombres actuaran en conformidad con el orden del universo». Que, a pesar de ello, dicha colisión de intereses se hubiese producido en su caso, era algo totalmente único en la historia universal, que sin duda no volvería a producirse nunca más. Schreber se refiere al «restablecimiento de la soberanía exclusiva de Dios en el cielo»; a «una especie de alianza entre el alma de Flechsig y algunas partes de Dios» que se habían vuelto contra él. El profundo vuelco que se produjo así en la relación entre las partes se habría conservado en lo esencial hasta entonces. Habla de las «fuerzas colosales del lado de Dios omnipotente» y de la «inútil resistencia» que él por su parte opone. Dice suponer «que los poderes del profesor Flechsig, como administrador de una provincia de Dios, deben de haberse extendido hasta América». Lo mismo parecería válido para Inglaterra. Menciona a un neurólogo vienés que «al parecer era una especie de administrador de los intereses divinos en otra provincia de

Dios: los territorios eslavos de Austria». Entre él y el profesor Flechsig habría comenzado una lucha por la supremacía.

Estas citas, sacadas de pasajes de las *Memorias* muy distantes entre sí, ofrecen una imagen sumamente clara de Dios: no es otra cosa que un poderoso. Su reino tiene provincias y partidos. Los intereses de Dios, tal como son descritos de manera concisa y tajante, tienden a incrementar su poder. Esta y solo esta es la razón por la que no escatimaría a ningún hombre la parte de beatitud que pueda corresponderle. A los hombres que le resultan incómodos, en cambio, los va eliminando. No se puede negar que este Dios maneja los hilos de su política como una araña en el centro de su tela. De ahí a la política del propio Schreber no hay más que un paso.

Quizá deberíamos adelantar que el autor de las *Memorias* creció en el seno de la antigua tradición protestante de Sajonia y veía con desconfianza cualquier actividad proselitista católica. Sus primeras declaraciones sobre los *alemanes* entroncan con la victoriosa guerra de 1870-1871.

Le habían llegado indicios bastante claros de que el riguroso invierno del año 1870-1871 había sido decidido por Dios para que la suerte favoreciera a los alemanes en la guerra. Pero Dios tenía además cierta debilidad por el idioma alemán. Durante su purificación las almas aprenden la «lengua básica» hablada por Dios mismo, un alemán algo arcaico, aunque vigoroso. Esto no significa que la beatitud esté reservada solo a los alemanes, aunque de todas formas los alemanes sí serían, en los tiempos modernos –desde la Reforma, o quizá ya desde la época de las grandes migraciones (*Völkerwanderungen*)– el pueblo elegido, cuya lengua Dios prefiere utilizar. En el curso de la historia, los pueblos elegidos por Dios, aquellos que se destacaron por su elevada moralidad, habrían sido sucesivamente los antiguos judíos, luego los antiguos persas, más tarde los grecorromanos y por último los alemanes.

Este pueblo elegido, los alemanes, está, naturalmente, amenazado por una serie de peligros. En primer lugar, las maquinaciones de los católicos. Recordemos aquellos cientos si no miles de nombres que él podía nombrar, todas al-

mas que, en forma de rayos, tenían trato con él y le hablaban. En muchas de ellas prevalecían los intereses religiosos. Había sobre todo muchísimos católicos interesados en que se diera impulso al catolicismo, particularmente en catolizar Sajonia y Leipzig; entre ellos figuraban el párroco St. de Leipzig, «catorce católicos de la misma ciudad» (probablemente una asociación católica), el jesuita S. de Dresde, los cardenales Rampolla, Galimberti y Casati, el propio Papa, y por último numerosos monjes y monjas. En cierta ocasión doscientos cuarenta monjes benedictinos, guiados por un sacerdote, entraron de golpe «como almas en mi cabeza, donde perecieron». Pero entre estas almas se hallaba también un neurólogo vienés, judío converso y eslavófilo, que a través de Schreber quería eslavizar Alemania y cimentar al mismo tiempo la hegemonía del judaísmo.

Como vemos, el catolicismo aparece aquí representado de forma muy completa: no solamente los fieles, que en Leipzig se reúnen formando asociaciones de dudosa reputación, sino también toda la jerarquía eclesiástica. Al mencionar a un jesuita evoca todo el peligro vinculado a dicha orden religiosa. Como supremos dignatarios eclesiásticos aparecen tres cardenales con armoniosos nombres italianos y el Papa en persona. Monjes y monjas surgen en tropel. Incluso pululan como insectos en el edificio donde vive Schreber. En una visión, que no he citado, ve cómo el pabellón de la clínica neurológica universitaria destinado a las mujeres se convierte en un convento de monjas; en otra ocasión, lo ve transformado en una capilla católica. En los desvanes del establecimiento hay hermanas de la caridad. Lo más impresionante es la procesión de los doscientos cuarenta monjes benedictinos guiados por un sacerdote. La procesión es la forma en la que más cabalmente se expresa el catolicismo. Como cristal de masa, el grupo cerrado de monjes pasa a representar a la totalidad de los católicos creyentes. Ver pasar una procesión activa la fe latente en los espectadores, que de pronto sienten el deseo de unirse a ella. El cortejo va así creciendo con la adhesión de todos aquellos ante los que pasa; en realidad debería ser interminable. Y al absorber esta pro-

cesión, Schreber da simbólicamente el golpe de gracia al catolicismo entero.

De la exaltada fase inicial de su enfermedad, que Schreber califica de época sagrada, destaca por su intensidad un período de unos catorce días: el período del primer juicio de Dios. Se trata de una serie de visiones que se sucedieron día y noche, basadas en una «idea general colectiva». El núcleo de esta idea era esencialmente político, aunque exacerbado de manera mesiánica.

El conflicto entre el profesor Flechsig y Schreber había suscitado una crisis que ponía en peligro la existencia de los reinos de Dios. A consecuencia de ello, el pueblo alemán, y en especial la Alemania protestante, no podía seguir siendo el pueblo elegido. Cabía incluso que saliera con las manos totalmente vacías cuando se ocuparan otros cuerpos celestes —planetas habitados—, a menos que acudiera en su defensa algún paladín que demostrara su valía y dignidad imperecederas. Este paladín debería ser ya Schreber mismo, ya cualquier otra personalidad designada por él. Instado por las voces, Schreber fue nombrando a unos cuantos varones ilustres que le parecían apropiados para ser los paladines de aquella lucha. Entre las ideas fundamentales del primer juicio de Dios se contaban el avance del catolicismo, del judaísmo y del eslavismo. Ciertas imágenes relacionadas con todo lo que Schreber llegaría a ser en una futura metempsi-cosis ejercieron un influjo esencial sobre él.

«Me fueron atribuidos sucesivamente los papeles ... de novicio jesuita en Ossegg, de alcalde de Klattau, de doncella alsaciana que debe defender el honor de su sexo frente a un oficial francés victorioso y, por último, el de príncipe mongol. En todas estas predicciones me parecía advertir cierta relación con la imagen global que resultaba de las demás visiones ... Interpreté mi futura designación para ser novicio jesuita en Ossegg, alcalde de Klattau y doncella alsaciana en la situación arriba descrita como otros tantos vaticinios de que el protestantismo ya había sucumbido o sucumbiría al catolicismo, como sucumbiría el pueblo alemán en su lucha contra sus vecinos románicos y eslavos; por último, la perspecti-

va de llegar a ser un príncipe mongol me pareció un indicio de que, cuando todos los pueblos arios hubieran demostrado ser incapaces de sostener los reinos de Dios, habría que buscar un último refugio entre los pueblos no arios.»

Schreber, cuya «época sagrada» cae en el año 1894, es proclive a precisar lugares y fechas con gran exactitud. Para el período del «primer juicio de Dios» ofrece fechas muy precisas. Seis años más tarde, en 1900, cuando ya se había consolidado su delirio, inició la redacción de sus *Memorias*, que en 1903 se publicaron en forma de libro. No se puede negar que su sistema político llegó a adquirir gran eminencia unas cuantas décadas más tarde. En una versión algo más burda y menos «cultu» se convirtió en el credo de un gran pueblo, que guiado por un «príncipe mongol» se lanzó a la conquista del continente europeo y estuvo al borde de dominar el mundo. Las pretensiones de Schreber fueron así reivindicadas tiempo después por una serie de discípulos desavisados. De ningún modo cabe esperar lo mismo de nosotros, sin embargo. El hecho incontrovertible de que ambos sistemas coincidan ampliamente deberá justificar, eso sí, el haber dedicado tanta atención a un único caso de paranoia, sobre el que aún queda mucho por decir.

Cierto es que en algunos aspectos Schreber se adelanta a su siglo. Ocupar planetas habitados era por entonces inconcebible. Ningún pueblo elegido había sufrido aún menoscabo alguno. Sin embargo, de la misma manera *personal* que el futuro paladín —no designado por él—, Schreber ya había percibido a católicos, judíos y eslavos como *masas* hostiles, y los odiaba por su mera existencia. En cuanto masas, esos pueblos tenían una tendencia imperiosa e innata a incrementarse. Nadie tiene un ojo más penetrante para reconocer los atributos de la masa que el paranoico o el poderoso, que, como quizá ahora tendremos que admitir, vienen a ser una misma cosa. Pues *él* —para designar a ambas personas con un solo pronombre— solo se interesa por las masas a las que quiere hostilizar o dominar, y estas tienen en todas partes el mismo rostro anodino.

Resulta interesante ver cómo Schreber determina sus existencias futuras. De las cinco que enumera, solo la primera, que nosotros hemos omitido antes, no tiene carácter político. Las tres siguientes lo sitúan en el centro mismo de posiciones sumamente conflictivas: se infiltra como novicio en la orden de los jesuitas; es nombrado alcalde de una ciudad en los bosques de Bohemia, donde hay conflictos entre alemanes y eslavos; como doncella alemana intenta defender Alsacia contra un oficial francés victorioso; el «honor de su sexo» se aproxima peligrosamente al honor racial de sus sucesores. Pero la más reveladora es, sin duda alguna, su quinta encarnación como príncipe mongol. La explicación que nos da se asemeja mucho a una excusa. Se avergüenza de esa existencia, que al fin y al cabo es «no aria», y la justifica aduciendo el fracaso de los pueblos arios. En realidad, el príncipe mongol en el que piensa no es otro que Gengis Kan. Las pirámides de cráneos de los mongoles lo fascinan y su predilección por los campos de cadáveres ya no le es desconocida al lector. Aprueba esta manera de aniquilar abierta y masivamente a los enemigos. Quien los extermina a todos ya no tiene ninguno y disfruta contemplándolos indefensos y hacinados. Al parecer, Schreber regresa encarnado en estas cuatro existencias, la más afortunada de las cuales fue la de príncipe mongol.

Este análisis detenido de un delirio paranoico nos permite sacar, de momento, una conclusión segura: el componente religioso y el político se entremezclan en él hasta volverse inseparables; el redentor y el dominador del mundo son *una misma* persona. El origen de todo es la ambición de poder. La paranoia es, en el sentido literal de la palabra, una *enfermedad del poder*. Un estudio de esta enfermedad en todas sus direcciones posibles permite abrir sobre la naturaleza del poder perspectivas cuya amplitud y claridad son imposibles de obtener por otras vías. No nos dejemos confundir por el hecho de que, en un caso como el de Schreber, el enfermo no llegara a ocupar nunca la monstruosa posición que tanto ambicionaba. Otros sí llegaron a ocuparla. Algunos de ellos consiguieron borrar hábilmente las huellas de su

ascenso y mantener oculto su sistema, perfectamente elaborado. Otros tuvieron menos suerte, o demasiado poco tiempo. El éxito, aquí como en todo, depende exclusivamente de casualidades. Reconstruirlas simulando una legitimidad es lo que se llama historia. En lugar de cada uno de los grandes nombres de la historia podrían figurar, aisladamente, otros cien. Tanto el talento como la maldad están ampliamente difundidos entre los hombres. Cada cual, con su apetito, se yergue como un rey sobre interminables campos de cadáveres de animales. Un examen meticuloso del poder deberá prescindir por completo del éxito como criterio de juicio. Debemos buscar y comparar cuidadosamente tanto sus atributos como sus excrescencias allí donde aparezcan. Un enfermo mental que, marginado, indefenso y despreciado, pasó parte de su vida recluido en una clínica, puede, por la información que nos proporciona, tener mucha más importancia que Hitler y Napoleón, e iluminar a la humanidad acerca de su maldición y de sus amos.

### *El caso Schreber. Segunda parte*

La conjura que se había organizado contra Schreber no solo tenía por objetivo asesinar su alma y perturbar su razón, sino que también perseguía otro fin casi igualmente vejatorio: transformar su cuerpo en el de una mujer. Como mujer, abusarían de ella para «luego simplemente dejar que se pudriera, es decir, abandonarla a su suerte». La idea de ser transformado en mujer no dejó de perseguirlo durante toda su enfermedad. Sentía cómo enviaban a su cuerpo nervios femeninos en forma de rayos que, poco a poco, iban en aumento.

Al principio de su enfermedad, Schreber intentó quitarse la vida de todas las maneras posibles para escapar a tan horrible degradación. Cada vez que se bañaba le venía la idea de ahogarse. Solicitaba veneno. Sin embargo, no todo quedó en su desesperación ante la perspectiva de ser transformado en mujer. Poco a poco fue creciendo en él la convic-

ción de que de este modo garantizaría la perpetuación de la humanidad. Pues todos los hombres habían perecido tras una serie de catástrofes espantosas. Y él, el único que había quedado vivo, podía, como mujer, traer al mundo un nuevo género humano. Para él solo Dios podía contar como padre de sus hijos; debería, por lo tanto, conquistar el amor de Dios. Unirse con Dios era un gran honor: ser cada vez más mujer y acicalarse seductoramente para él, atrayéndolo con toda su feminidad, dejó de parecerle oprobioso y degradante al barbudo ex presidente del Senado. De ese modo podía también contrarrestar el complot de Flechsig y ganarse el afecto de Dios; el Todopoderoso, que se sentía cada vez más atraído por esa hermosa mujer llamada Schreber, acabó dependiendo hasta cierto punto de ella. Con esos medios, que a otros podrían parecerles chocantes, Schreber logró efectivamente ligar su persona a Dios, que, no sin oponer resistencia, acabó sometiéndose a este destino un tanto ignominioso. Dios se aparta una y otra vez; su deseo sería, sin duda, liberarse por entero de él. Pero la fuerza de atracción de Schreber se ha hecho demasiado grande.

Dispersos a lo largo de todas las *Memorias*, encontramos comentarios relacionados con este tema. A primera vista quizá tengamos la tentación de ver en esta idea de su transformación en mujer el núcleo mítico de su delirio. Ha sido este punto, precisamente, el que ha despertado mayor interés por él. Se ha intentado reducir este caso en particular y luego también la paranoia en general a la represión de tendencias homosexuales. Apenas es posible imaginar un error más craso. *Todo puede desencadenar* una paranoia; lo esencial es la *estructura* y aquello que *puebla* el delirio, en el que los fenómenos de poder tienen siempre una importancia decisiva. Incluso en el caso Schreber, en el que quizá haya elementos que avalen la interpretación antes mencionada, un análisis más exhaustivo de este aspecto, que no hemos contemplado aquí, despertaría dudas de no poca importancia. Pero aun en el caso de que consideremos probadas las inclinaciones homosexuales de Schreber, más relevante que estas mismas parece ser el peculiar uso que hace de ellas en su sis-

tema, cuyo elemento central, para él, fue siempre el ataque contra su razón. Todo lo que creyó e hizo tendía a rechazar este ataque. Si quiso transformarse en mujer, fue para *desarmar* a Dios: su feminidad era una forma de halago y sometimiento a Dios; así como otros se arrodillan ante Él, Schreber se le ofreció como objeto de goce. Para atraerlo a su lado y apoderarse de él, lo sedujo adoptando falsas apariencias. Y al final acaba reteniéndolo con todos los medios.

«Se trata de una compleja situación que no solo no tiene analogías en la experiencia humana sino que tampoco estuvo nunca prevista en el orden cósmico. Ante semejante relación, ¿quién querría explayarse en vanas conjeturas sobre el futuro? Lo único seguro para mí es que ese aniquilamiento de mi razón proyectado por Dios nunca llegará a producirse. Sobre este punto tengo una certeza absoluta desde hace años, y así queda conjurado para mí el peligro principal que parecía amenazarme durante el primer año de mi enfermedad.»

Estas palabras se encuentran en el último capítulo de las *Memorias*. Al escribirlas, Schreber parece haber entrado en una fase decisiva de apaciguamiento. El hecho de que las concluyera y que quienes las leyeron en manuscrito quedarán impresionados por ellas le devolvió definitivamente la confianza en su razón. Ya solo le quedaba contraatacar, es decir, publicar sus *Memorias*, permitiendo así que todos los hombres tuvieran acceso a su sistema, y, tal como sin duda esperaba, persuadirlos de lo que *él mismo* creía.

¿De qué manera concreta se organizó la lucha contra la razón de Schreber? Ya sabemos que era hostigado por innumerables «rayos», que le hablaban. Pero ¿qué era en realidad lo que los rayos enemigos querían destruir de sus certidumbres y facultades mentales? ¿Qué decían cuando hablaban y qué es lo que de verdad atacaban? Vale la pena explorar un poco más este proceso. Schreber se defendía de sus enemigos con la máxima tenacidad. La descripción que nos ofrece de ellos y de cómo los rechazaba no podría ser más detallada. Hay que intentar desglosarla del mundo

creado por el propio Schreber, es decir, de su «delirio», como solemos llamar a este tipo de fenómenos, y traducirla a un lenguaje más corriente, aunque al hacerlo pierda inevitablemente algo de su especificidad.

En primer lugar, habría que remitir a su *compulsión a pensar* (*Denkzwang*), como él mismo la llama. Solo está tranquilo cuando habla en voz alta; entonces reina a su alrededor un silencio sepulcral, y él tiene la impresión de moverse entre cadáveres ambulantes. Todos los demás hombres, pacientes y enfermeros, parecen haber perdido totalmente la capacidad de articular siquiera una sola palabra. En cuanto pasa del habla al silencio, Schreber oye en su interior aquellas voces, que lo obligan a pensar sin descanso con la intención de impedirle dormir y descansar. No paran de hablarle, es imposible no oírlas o pasarlas por alto. Él mismo queda a merced de todo lo que dicen y tiene que prestarles siempre atención. Las voces tenían distintos métodos, que aplicaban alternativamente. Uno de los preferidos era la pregunta directa: «¿En qué está pensando usted ahora?». Él no tenía ganas de responder a esta pregunta, pero si callaba, ellas respondían por él diciendo por ejemplo: «¡Debería pensar en el orden cósmico!». Consideraba esas respuestas como una «tergiversación de sus ideas». No solo lo interrogaban al modo inquisitorial, sino que también querían obligarlo a seguir determinados razonamientos. Si ya las *preguntas*, que intentaban penetrar en sus secretos, provocaban su repulsa, ¡cuánto más las respuestas que le eran dictadas! *Preguntas y órdenes* (o instrucciones) eran en idéntica medida una injerencia en su libertad personal. Ambas son bien conocidas como instrumentos del poder; en su condición de juez, el propio Schreber las había manejado ampliamente.

Las pruebas a las que se veía sometido Schreber eran sumamente variadas e ingeniosas. Lo interrogaban, le imponían ideas, elaboraban un catecismo con sus propias frases y palabras huera, controlaban todos y cada uno de sus pensamientos sin que ninguno pasase inadvertido, y cada palabra era examinada en función de lo que significaba para él. Frente a las voces le era imposible guardar secreto alguno.

Todo era revisado y sacado a la luz. Schreber se hallaba a merced de un poder empecinado en ser omnisciente. Pero pese a tener que aguantar todo aquello, en realidad jamás se dio por vencido. Una de sus formas de defenderse era el ejercicio de *su propia* omnisciencia. Se demostraba a sí mismo lo bien que funcionaba su memoria: se aprendía poemas enteros, contaba en voz alta en francés y enumeraba todas las divisiones político-administrativas de Rusia y los departamentos franceses.

Por conservar su razón Schreber entendía sobre todo la intangibilidad de su memoria; lo más importante era para él la integridad de las *palabras*. No hay ruidos que no sean voces: el mundo está lleno de palabras. Los trenes, las aves y las máquinas de vapor *hablan*. Cuando él mismo está callado, enseguida se oyen las palabras de los otros. Entre las palabras no hay nada. La calma a la cual se refiere y que tanto anhela no sería otra cosa que *liberarse* de las *palabras*. Pero esa calma no existe. Todo cuanto le sucede le es comunicado a la vez en palabras. Tanto los rayos perjudiciales como los benéficos están capacitados para hablar y, al igual que él, están obligados a hacerlo. «¡No olvide usted que los rayos deben hablar!» Sería imposible exagerar la importancia que las palabras tienen para el paranoico. Están por todas partes como sabandijas, y nunca bajan la guardia. Se fusionan formando un orden cósmico que no deja nada fuera de sí mismo. La tendencia más acusada de la paranoia es quizá la de apresar por completo el mundo con *palabras*, como si el lenguaje fuera un puño y el mundo estuviese dentro.

Un puño que nunca más vuelve a abrirse. Pero ¿cómo consigue cerrarse? Hay que remitirse aquí a una *pasión* por la *causalidad* que se considera un fin en sí misma y que en esta proporción solo se encuentra en los filósofos. Nada sucede sin causa; solo es preciso preguntar por ella, siempre se encontrará alguna. Lo desconocido, sea lo que sea, es remitido siempre a lo conocido. Todo lo que nos parece extraño y se nos acerca es desenmascarado como intención secreta. Tras la máscara de lo nuevo hay siempre algo viejo, solo es preciso darse cuenta y arrancarla sin ningún temor. *Explicar*

se convierte en una pasión que se aplica a todo. Schreber tiene perfectamente claro este aspecto de su compulsión a pensar. Mientras se queja amargamente de los fenómenos antes relatados, ve en esta manía de explicar «una especie de compensación por la injusticia sufrida». De las frases ya empujadas que son «lanzadas» al interior de sus nervios forman parte con especial frecuencia conjunciones o locuciones adverbiales que expresan una relación de causalidad: *porque*, *pues*, *porque yo*, *a no ser que...* Él mismo deberá completarlas, al igual que todas las demás, que de este modo ejercen su coacción sobre él.

«Me obligan a reflexionar sobre muchas cosas a las que el ser humano no suele prestar mayor atención, y han contribuido así a hacer más penetrante mi pensamiento.»

Schreber está totalmente conforme con su manía de explicar, que tanta alegría le produce, y para justificarla encuentra argumentos plausibles. A Dios solo le deja el acto originario de la creación. Él mismo forja una cadena de causas para atar todo lo que hay en el mundo y apropiárselo.

Pero la manía de fundamentar no siempre es tan razonable. Schreber se encuentra con un hombre al que ha visto a menudo y lo reconoce a primera vista como el «señor Schneider». Es un hombre que no disimula y se presenta inocentemente como la persona a la que todos conocen. Schreber, sin embargo, no se conforma con este simple proceso de reconocimiento. Querría que hubiera algo más detrás, y le cuesta mucho admitir que tras el señor Schneider no haya nada que descubrir. Schreber está acostumbrado a *desenmascarar*; cuando no hay nada ni nadie a quien quitarle la careta, se siente perdido. El fenómeno de desenmascarar y *quitar la careta* tiene para el paranoico —y no solo para él— una importancia fundamental. De él se deriva también la manía de la causalidad; es en las *personas* donde originariamente se buscan todas las *causas*. Será pues muy oportuno estudiar aquí más detenidamente el desenmascaramiento del que ya hemos hablado en otros pasajes.

Intentar descubrir de pronto, en la calle, por ejemplo, entre muchas caras extrañas, una que nos parezca conocida, es

sin duda una tendencia familiar a todo ser humano. Cuántas veces, sin embargo, resulta ser una equivocación; el supuesto conocido se nos acerca o nosotros vamos hacia él: es alguien al que nunca habíamos visto antes. Nadie se calienta la cabeza por el error. Cualquier rasgo que tenga un parecido casual, el gesto de la cabeza, el modo de andar o el cabello pueden haber causado la confusión y la aclaran. Pero hay períodos en los que estas confusiones se multiplican. Una persona muy concreta *se nos aparece en todas partes*: de pie ante locales en los que nos disponemos a entrar, o bien en esquinas llenas de gente. Se nos aparece varias veces al día; naturalmente es alguien que nos interesa, alguien a quien queremos o, más a menudo aún, odiamos. Sabemos que se ha mudado a otra ciudad, lejos, al otro lado del océano, y sin embargo creemos reconocerla aquí. La equivocación se repite, seguimos cayendo en ella. Es evidente que *buscamos* a esa persona concreta detrás de otros rostros. Vemos a los demás como seres ilusorios que ocultan al real. Muchos son los que pueden alimentar esa ilusión: detrás de todos ellos suponemos que está aquella persona. Hay algo compulsivo en este proceso que no deja respiro alguno: arrancamos cientos de rostros como si fueran máscaras para que detrás aparezca aquel que nos interesa. Si tuviéramos que definir la diferencia fundamental entre ese rostro y los otros cientos, tendríamos que decir: los cientos son *extraños* y ese uno nos es *familiar*. Es como si solo pudiéramos reconocer lo familiar, que, sin embargo, se oculta y nos obliga a buscarlo en lo extraño.

En el paranoico este fenómeno se concentra y se agudiza. El paranoico padece de una merma en la capacidad de metamorfosearse que, partiendo de su propia persona —lo más inmutable de todo—, se extiende sobre el resto del mundo. Tiende a ver como *idénticas* hasta las cosas realmente distintas y descubre todo el tiempo a su *enemigo* en las figuras más variadas. Dondequiera que arranque una máscara, verá tras ella a su enemigo. Por mor del secreto que él supone detrás de todo, por mor de su pulsión por desenmascarar, todo acaba siendo para él máscara. No se deja engañar, lo

ve todo muy *claro*; lo *múltiple* es *uno*. Conforme aumenta la rigidez de su sistema, el mundo se vuelve cada vez más pobre en personajes reconocibles; solo queda lo que forma parte del escenario de su delirio. Todo es sondeable de la misma manera y es sondeado hasta el fondo. Al final ya solo queda él y aquello sobre lo que domina.

En el fondo se trata aquí de lo opuesto a la metamorfosis (*Verwandlung*). El proceso de quitar la careta o desenmascarar podría muy bien denominarse igualmente *antimetamorfosis* (*Entwandlung*). Algo es remitido por la fuerza a sí mismo, a una posición o actitud determinadas para nosotros y que consideramos las apropiadas y auténticas. Empezamos como espectadores, contemplando cómo los demás van metamorfoseándose. Puede que observemos un momento su mascarada, pero no la aprobamos ni nos divierte. De pronto exclamamos: «¡Alto!», y ponemos punto final a la breve y animada farsa. «¡Fuera las máscaras!», exclamamos, y cada cual queda como lo que realmente es. Luego estará prohibido seguir metamorfoseándose. La función se ha acabado. Por fin hemos descubierto el juego de las máscaras. Este proceso de la *antimetamorfosis* se manifiesta muy raras veces en estado puro, porque en general está teñido por el temor a posibles hostilidades. Las máscaras han querido engañar al paranoico. Su metamorfosis no fue desinteresada. Lo que más les importaba era el secreto. Aquello en lo que se convirtieran era más bien secundario; lo principal era que en ningún caso fueran reconocibles. La reacción del amenazado que arranca bruscamente las máscaras es tan violenta y perturbadora que nos hace olvidar con demasiada facilidad todas las metamorfosis que hayan podido precederla.

Las *Memorias* de Schreber nos acercan aquí al corazón mismo del asunto. Schreber recuerda el período inicial en el que todo en él aún era fluctuante. En el primer año de su enfermedad, en la «época sagrada», pasó una o dos semanas internado en una pequeña clínica privada que las voces denominaron «Cocina del Diablo». Fue, como él dice, la «época de los prodigios más disparatados». Las metamorfosis y

desenmascaramientos que entonces tuvieron lugar, mucho antes de que su delirio se consolidara, son la mejor ilustración de todo lo anteriormente expuesto.

«Durante el día solía yo permanecer en la sala de estar de la clínica, por la que circulaban continuamente otros supuestos pacientes. De mi vigilancia en concreto parecía estar encargado un enfermero en el que, por un parecido quizá casual, creí reconocer al ordenanza de la audiencia territorial que me traía las actas a casa cuando yo desempeñaba mi cargo en Dresde. Por lo demás, tenía la costumbre de ponerse de vez en cuando ropa mía. Como supuesto director médico del establecimiento, aparecía a ratos, sobre todo por las tardes, un caballero, que a su vez me recordaba al doctor O., médico a cuya consulta había yo acudido en Dresde ... Al jardín del establecimiento solo salí una vez para dar un paseo, y vi a unas damas, entre las cuales estaban la esposa del pastor luterano W. de Fr. y mi propia madre, así como a unos cuantos caballeros, entre ellos el consejero de la audiencia territorial, K., de Dresde, cuya cabeza, eso sí, era monstruosamente grande. Podría haber aceptado que esos parecidos se dieran en dos o tres casos, mas no así el hecho de que casi todos los pacientes de la clínica, es decir, varias docenas, tuvieran los rasgos de personas a las que yo había conocido de cerca.»

Veía en los pacientes «una serie de personajes extravagantes, entre ellos tipos vestidos con batas de lino y entiznados ... Iban entrando uno tras otro en la sala de estar, sin hacer el menor ruido, y volvían a retirarse con el mismo sigilo, sin que, al parecer, reparasen unos en otros. En varias ocasiones pude comprobar asimismo que, mientras estaban en la sala, algunos de ellos *cambiaban de cabeza*, es decir, seguían caminando de pronto con otra cabeza sin salir de la habitación».

«El número de pacientes que, simultánea o sucesivamente, veía yo en el redil» (así llama Schreber un patio al que salían a tomar aire) «y en la sala de estar, no guardaba ninguna proporción con las dimensiones del establecimiento. Es prácticamente imposible, estoy convencido de ello, que las cua-

renta o cincuenta personas a las que hacían salir conmigo al redil y que, al oír una señal, volvían en tropel hacia la puerta de entrada, pudieran disponer todas de una cama donde pasar la noche... La planta baja solía *rebosar* de gente.»

Entre los personajes del redil recuerda a un primo de su esposa, que en 1887 se había suicidado con un arma de fuego, y al fiscal general B., que llevaba siempre el cuerpo inclinado y a ratos se quedaba quieto, como si estuviera rezando con devoción. Otras personas a las cuales reconoce son un consejero privado, un presidente del Senado, otro consejero de la audiencia territorial, un abogado de Leipzig, amigo de juventud suyo, su sobrino Fritz y alguien a quien conoció fugazmente un verano de Warnemünde. En cierta ocasión, desde la ventana, ve a su suegro, que camina en dirección a la clínica.

«En repetidas ocasiones veía también que un gran número de personas, una vez incluso algunas damas, tras haber cruzado la sala de estar, entraban en las habitaciones contiguas, en las que luego parecían haber desaparecido. Muchas veces oía también los peculiares *estertores* que acompañaban la disolución de las “personas fugazmente esbozadas”...

»No solo las figuras humanas sino también los objetos inanimados provocaban mi estupor. Por muy escéptico que ahora intente ser, al examinar mis recuerdos no puedo borrar de mi memoria ciertas impresiones, como que también se *metamorfoseaban* las prendas de vestir en el cuerpo de las personas que veía y, mientras comía, los alimentos de mi plato —el asado de cerdo, por ejemplo, en asado de ternera, o viceversa.»

Muchas cosas llaman la atención en este relato. Schreber ve más personas de las que en realidad podían haber en la clínica, y todas son encerradas en un *redil*. Junto con ellas, él mismo se siente *degradado a la condición de animal*, y esto es, en él, lo que más se aproxima a una experiencia de masa. Pero está claro que tampoco en el «redil» de los pacientes llega a diluirse realmente. Ciertamente es que observa el juego de las metamorfosis con mirada crítica, pero sin hostilidad. Hasta los alimentos y las prendas de vestir se meta-

morfosean, pero lo que más le preocupa es el hecho de ir *reconociendo* gente. Cada persona que se le presenta es en realidad otra a la que antes ya conocía bien. Él mismo se encarga de que nadie le resulte realmente extraño. Pero estos desenmascaramientos aún tienen todos un carácter relativamente benévolo. Schreber solo habla con odio del enfermero jefe, en un pasaje que aquí no hemos citado. Muchas son, y muy variadas, las personas a las que reconoce: su visión todavía no es estrecha y excluyente. En vez de desenmascarse, la gente cambia de vez en cuando de cabeza: resulta difícil imaginar una forma de desenmascaramiento más divertida y generosa.

Pero las experiencias de Schreber solo rara vez tenían este carácter juguetón y liberador. Un tipo muy distinto de visiones, que tuvo a menudo en su «época sagrada», nos lleva directamente, según creo, a la *situación primigenia de la paranoia*.

La sensación del enfermo de estar *cercado* por una *muta de enemigos*, todos con la mira puesta en él, es una sensación fundamental de la paranoia, que se expresa con la máxima claridad en las visiones de ojos: el paranoico ve en todas partes *ojos* que, sumamente amenazadores, solo se interesan por su persona. Las criaturas a las que pertenecen esos ojos se han propuesto vengarse de él, que durante mucho tiempo les ha hecho sentir impunemente su poder; si son animales, los ha cazado con la máxima inexorabilidad y, amenazados de extinción, se rebelan de improviso contra su perseguidor. Esta situación primigenia de la paranoia se encuentra ineluctablemente en las leyendas de cazadores de muchos pueblos.

Dichos animales no siempre conservan la forma que tenían para el cazador cuando se le ofrecían como presa. Se convierten en criaturas más peligrosas, a las que el hombre teme desde siempre, y en la medida en que se le aproximan, llenan su habitación y ocupan su cama, aumentan su pavor al máximo. De noche, el propio Schreber se sentía acosado por osos.

Muy a menudo bajaba de la cama y se sentaba en el suelo de su dormitorio. De rato en rato, sentía cómo unas figu-

ras con forma de osos —de osos *pardos*— le levantaban las manos, que él tenía firmemente apoyadas en el suelo, detrás de su espalda. Sentados a su alrededor, veía otros osos pardos de distintos tamaños y ojos centelleantes. Su ropa de cama se convertía, asimismo, en «osos blancos». Por la noche —aún estaba despierto— se le aparecían gatos de ojos centelleantes en los árboles del jardín de la clínica.

Pero no todo acaba con estas *mutas de animales*. El enemigo principal de Schreber, el psiquiatra Flechsig, tenía una manera particularmente perversa y peligrosa de organizar *mutas celestiales* contra él. Se trataba de un fenómeno peculiar que Schreber llamaba *división de las almas* (*Seelenteilung*).

El alma de Flechsig se dividía en muchas partes para ocupar con ellas toda la bóveda celeste, de suerte que los rayos divinos encontraran resistencia en todas partes. La bóveda celeste parecía enteramente revestida de nervios que suponían un obstáculo mecánico a la penetración de los rayos divinos; era imposible atravesar aquellos nervios, que semejaban una fortaleza asediada y protegida por fosos y murallas contra los ataques del enemigo. Con este fin, el alma de Flechsig se había dividido en un sinnúmero de partes, que durante un tiempo oscilaron entre cuarenta y sesenta, muchas de ellas diminutas.

Parece que también otras «almas probadas» empezaron luego a dividirse según el modelo de Flechsig; se hacían cada vez más numerosas y, como es de rigor entre las verdaderas mutas, ya solo vivían para preparar emboscadas y asaltos. Una gran parte de ellas se dedicaba en exclusiva a realizar movimientos envolventes, una maniobra cuyo objetivo consistía en atacar por detrás a los rayos divinos, que avanzaban desprevenidos, y obligarlos a rendirse. El gran número de estas «partes de almas probadas» acabó siendo molesto incluso para la omnipotencia de Dios. Después de que Schreber hubiera logrado atraerlas hacia sí en gran número, la omnipotencia de Dios organizó un día una gran razia contra ellas.

Al idear su «división de las almas» puede que Schreber haya tenido en mente la multiplicación de las células por partición, que naturalmente conocía. La utilización de estos

grandes grupos para formar mutas celestes es uno de los aspectos más significativos de su delirio. Imposible captar más claramente que aquí la importancia de las *mutas hostiles* para la estructura de la paranoia.

La compleja y equívoca relación de Schreber con Dios, la «política de las almas», cuya víctima creía ser él mismo, no le impidió experimentar, por así decirlo, desde fuera y unitariamente, la *omnipotencia* como *esplendor*. Durante todos los años que duró su enfermedad, solo tuvo esta experiencia unos cuantos días y noches seguidos: tenía, pues, plena conciencia de lo rara y preciosa que era.

Dios se le apareció una sola noche. El resplandor de sus rayos se hizo visible para el ojo espiritual de Schreber, que yacía despierto en la cama y escuchó al mismo tiempo sus palabras. No era un tenue susurro, sino que resonaron junto a las ventanas de su habitación en un potente tono grave.

Al día siguiente vio a Dios con su ojo corporal. Era el sol, aunque no como se muestra habitualmente, sino rodeado por un mar de rayos de argénteo fulgor, que cubría la sexta u octava parte del cielo. La visión era de una magnificencia y grandiosidad tan sobrecogedoras, que temió seguir mirando y trató de apartar la vista de la aparición. Y aquel sol refulgente le *habló*.

La experiencia de ese resplandor no solo la vivía Schreber en Dios, sino a veces también en sí mismo; algo nada extraño, dada su importancia y su estrecha relación con Dios. «Debido a la afluencia masiva de rayos, mi cabeza quedaba muy a menudo circundada por un resplandor similar a la aureola con la que es representado Cristo, solo que incomparablemente más rica y refulgente: una verdadera corona radiante.»

Pero este *aspecto sagrado del poder* ha sido descrito por Schreber de manera aún mucho más vívida e intensa. Alcanzó la plenitud en el llamado período de *inmovilidad* del enfermo, que tenemos que abordar a continuación.

La vida que llevó durante aquella época era extremadamente monótona. Daba un paseo por el jardín dos veces al

día. El resto de la jornada permanecía inmóvil sentado en una silla ante su mesa, y ni siquiera se acercaba a la ventana. Incluso en el jardín prefería quedarse siempre en el mismo lugar. En cierto modo consideraba esta absoluta pasividad como una obligación religiosa.

Eran las voces que le hablaban las que se la habían dictado. «¡No hagas el menor movimiento!», le decían una y otra vez. Y él se explicaba este mandato diciéndose que Dios no sabía tratar con hombres vivos y solo estaba acostumbrado al trato con cadáveres. Fue así como le exigieron algo monstruoso: que se comportara constantemente como un cadáver.

Esta inmovilidad tenía que ver con la autoconservación, pero era también un deber para con Dios: hacía falta liberarlo del acoso al que lo habían sometido las «almas probadas». «Yo había llegado a la convicción de que las pérdidas de rayos aumentaban si me movía de un lado para otro con frecuencia, y también si pasaba una corriente de aire por mi habitación. Dado el temor sagrado que en aquel entonces aún sentía ante los rayos divinos, y no sabiendo si existía realmente una eternidad, o si los rayos podían cesar de un momento a otro, consideré mi deber hacer cuanto pudiera para que no se desperdiciaran.» Le era más fácil atraer hacia sí a las almas probadas y dejar que se disolvieran del todo en su cuerpo si mantenía este en un estado de permanente reposo. Solo así era posible restablecer la soberanía de Dios en el cielo. Y fue así como decidió imponerse el increíble sacrificio de renunciar durante semanas y meses a cualquier movimiento físico. Como la disolución de las almas probadas solía producirse mientras dormía, de noche ni siquiera osaba cambiar de posición en la cama.

Esta *inmovilización* de Schreber durante un período de semanas y meses es uno de los episodios más sorprendentes de su relato, y obedece a una doble motivación. El que por amor a Dios tuviera que permanecer quieto como un cadáver suena para nuestros oídos europeos modernos aún más extraño de lo que es de por sí, debido sobre todo a la actitud puritana que adoptamos frente a los *cadáveres*. Nuestras costumbres exigen que un cadáver sea apartado rápidamente

te. No le damos mayor importancia; saber que no tardará en corromperse no nos fuerza en absoluto a hacer algo para impedirlo. Lo arreglamos un poco, lo exhibimos un momento e imposibilitamos cualquier acceso posterior a él. Por muy pomposo que pueda ser un funeral, el cadáver mismo no suele ser exhibido; es más bien la celebración de su ocultamiento y escamoteo. Para comprender a Schreber hay que pensar en las momias de los egipcios, quienes conservaban, cuidaban y admiraban la personalidad del difunto. Por amor a Dios Schreber se comportó durante meses como una momia, no como un cadáver; en este caso, el término que él mismo elige no es del todo acertado.

El segundo motivo de su inmovilidad, el temor a malgastar los rayos divinos, lo comparte con numerosas culturas repartidas por toda la Tierra en las que llegó a cristalizar una concepción sagrada del poder. Él mismo se percibe como un recipiente en el que poco a poco va depositándose la esencia divina. Cualquier mínimo movimiento puede hacer que parte de esta se derrame, y por eso Schreber no debe moverse en absoluto. El poderoso utiliza con reserva el poder del cual dispone: ya sea porque lo percibe como una sustancia impersonal que podría acabársele, ya sea porque una instancia superior espera de él esta actitud parsimoniosa como un acto de veneración. Y se *inmovilizará* lentamente en la posición que le parezca más favorable para conservar su preciosa sustancia; cualquier desviación le resulta peligrosa y no hará más que preocuparlo; en cambio, evitarla cuidadosamente garantizará su persistencia. Por su similitud, algunas de estas posiciones han llegado a ser paradigmáticas en el transcurso de los siglos. La estructura política de muchos pueblos tiene su centro en la rigidez estrictamente prescrita de la postura de *un solo* individuo.

También Schreber se interesó por un pueblo, para el cual fue, si bien no un rey, sí una especie de «santo patrón». De hecho, en algún remoto cuerpo celeste se había intentado crear una nueva humanidad «a partir del espíritu schreberiano». Esos hombres nuevos eran físicamente mucho más pequeños que nosotros los terráneos. Sin embargo, habían al-

canzado un nivel cultural considerable. Además criaban, en consonancia con su reducida estatura, una raza bovina más pequeña. Como su «santo patrón», el propio Schreber debió de convertirse en objeto de veneración divina, de manera que su *posición corporal* tuviera cierta importancia para su fe.

El carácter paradigmático de una posición determinada, que es preciso entender en un sentido muy concreto y físico, se pone aquí de manifiesto muy claramente. Aquellos hombres no solo fueron creados de la sustancia de Schreber, sino que su fe también dependía de la posición de su «santo patrón».

Como hemos visto, en el curso de su enfermedad la *mente* de Schreber tuvo que hacer frente a los peligros más insidiosos. Pero también los ataques dirigidos contra su *cuerpo*, casi ninguna de cuyas partes quedó a salvo, desafían cualquier descripción. Los rayos no olvidaban ni pasaban por alto nada: a todas y cada una de esas partes les fue llegando su turno. Los efectos de los ataques se manifestaban de manera tan repentina y sorprendente que para Schreber solo podían ser prodigios.

Por un lado estaban los fenómenos relacionados con su proyectada transformación en mujer. Él los había aceptado y ya no les oponía resistencia alguna. Pero aparte de esto, lo que le sucedió resulta difícilmente creíble. Le enviaron un gusano a los pulmones y le destrozaron provisionalmente las costillas. En lugar de su propio estómago sano, aquel neurólogo vienés le injertó en el vientre un «estómago judío» de mala calidad. Su estómago hubo de pasar por una serie de vicisitudes. Pasaba frecuentes temporadas sin estómago, y solía explicarle expresamente al enfermero que no podía comer porque no tenía estómago. Si pese a ello comía, la comida iba a parar a la cavidad abdominal y a los muslos. Sin embargo, Schreber acabó acostumbrándose a este estado y más tarde comía tranquilamente, pese a no tener estómago. El esófago y los intestinos eran a menudo desgarrados o desaparecían. Él mismo se comió más de una vez parte de su propia laringe.

Mediante unos «hombrecillos» que le colocaban en los pies, intentaban succionarle la médula espinal, de modo que se le evaporara por la boca en forma de nubecillas cuando se paseara en el jardín. Con frecuencia tenía la sensación de que los huesos del cráneo se le habían adelgazado. Cuando tocaba el piano o escribía, intentaban paralizarle los dedos. Algunas almas adoptaban la forma de diminutas figuras humanas, de unos cuantos milímetros de altura, y hacían de las suyas en las más diversas partes de su cuerpo, unas veces en el interior y otras en la superficie. Algunas se entretenían abriéndole y cerrándole los ojos: se le instalaban en las cejas y desde ahí subían y bajaban los párpados a su antojo tirando de unos hilos finísimos como los de una telaraña. Por entonces había casi siempre un gran número de «hombrecillos» paseándose encima de su cabeza, que acudían curiosos allí donde pudieran ver nuevos estragos. Hasta participaban en sus comidas, cogiendo a menudo una mínima parte de lo que él comía.

Destruyéndole el tejido óseo en la zona del talón y en el coxis, intentaban que todas las posiciones, caminar o estar de pie, sentado o acostado, le resultaran imposibles. No le permitían pasar mucho tiempo en la misma posición ni dedicado a la misma actividad: si caminaba, procuraban obligarlo a tumbarse, y si estaba acostado, hacer que volviera a levantarse. «Los rayos no parecían comprender en absoluto que, de hecho, todo hombre que existe *tiene que estar en alguna parte*.»

Entre estos fenómenos tal vez habría que retener algo que todos comparten y que está relacionado con la *penetración* del cuerpo de Schreber. El principio físico de la impenetrabilidad de los cuerpos ya no tiene aquí validez alguna. Así como Schreber quiere expandirse por todos lados y atravesar de parte a parte la Tierra, así también todo se expande a través de él y le hace jugarretas dentro y fuera de su cuerpo. A menudo él mismo habla de sí como si fuera un cuerpo celeste, pero ni siquiera su cuerpo humano de siempre le resulta seguro. El período de su expansión, en el que formula sus reivindicaciones, parece ser también propiamente el período de su penetrabilidad. *Tamaño y persecución* están

en él íntimamente vinculados, ambos se manifiestan en su *cuerpo*.

Como pese a todos los ataques seguía viviendo, surgió en Schreber la convicción de que los rayos también lo *curaban*. Todas las sustancias impuras de su cuerpo eran reabsorbidas mediante los rayos. ¿No había podido darse el lujo de comer tranquilamente pese a no tener estómago? Así como los rayos le habían inoculado los gérmenes de la enfermedad, así también volvieron a eliminarlos.

Surge así la sospecha de que todos los ataques contra su cuerpo guardaban relación con su *invulnerabilidad*. Su cuerpo debía demostrarle todo lo que era capaz de resistir. Cuanto más lo lesionaran y sacudieran, más asegurada tendría su supervivencia.

Y Schreber empezó a dudar de si era realmente mortal. ¿Qué era el veneno más potente comparado con los daños que había soportado? Si cayera al agua y se ahogara, era probable que lo revivieran reactivando el corazón y la circulación sanguínea. Si se pegara un tiro en la cabeza, los órganos internos y las partes óseas destruidas podrían ser reconstruidas. Al fin y al cabo había vivido largo tiempo sin órganos vitales. Todo le había vuelto a crecer. Las enfermedades comunes y corrientes tampoco podían resultarle peligrosas. Después de muchas dudas y tribulaciones, aquel intenso deseo de *ser invulnerable* había acabado siendo una indiscutible conquista.

En el curso de este ensayo hemos demostrado cómo este deseo de ser invulnerable y el afán de sobrevivir acaban confluyendo. También en esto el paranoico resulta ser la réplica exacta del poderoso. La diferencia entre ellos es solo la de su posición en el mundo. En su estructura interna son exactamente iguales. Puede que el paranoico incluso nos cause una impresión mayor, porque se basta a sí mismo y no se deja abatir por sus fracasos externos. La opinión del mundo no le importa nada, su delirio se alza solo contra la humanidad entera.

«Todo cuanto ocurre», dice Schreber, «se relaciona con mi persona. He llegado a ser para Dios el único hombre, el

ser humano por excelencia, en torno al cual gira todo, con el cual hay que relacionar todo cuanto ocurre y que, por tanto, también desde su perspectiva tiene que relacionar todas las cosas consigo mismo.»

Como ya sabemos, durante varios años lo dominó la idea de que todos los demás hombres habían perecido y de que él era en definitiva el único que quedaba, y no solamente el único importante. Solo poco a poco, esa idea fue dejando paso a una concepción más morigerada. De ser el único hombre vivo pasó a ser el único que contaba. No podemos, pues, descartar la sospecha de que detrás de toda paranoia, como detrás de todo poder, se esconde la misma tendencia profunda: el deseo de eliminar a todos los demás para ser el único; o, por decirlo en una forma más mitigada y admisible, el deseo de servirse de los demás para llegar a ser, con su ayuda, el único.

## Epílogo